

# Nextec y el talento de Silín.

Daniel Jorge Antón



# Capítulo 1

## **Presentación**

Entre la segunda y tercera estación de cultivos de la Octava Ocupación, decenas de Clanes y dos Jefaturas se ven amenazados y desplazados hasta los muros de Maztec, la única Ciudad amurallada de la región que visiblemente dispone de las únicas capacidades defensivas necesarias para superar al Rastro Marchito... la amenaza manejada por la naturaleza de Nextec a la que nadie, hasta ahora, a puesto una solución; salvo esconderse en las zonas más altas y seguras posibles, para luego esperar que la marabunta exánime de ciberfauna y humanos arrase con todo a su paso.

El principio de una nueva estructura en la historia de la humanidad superviviente empieza con la aventura personal de Silín, cuándo sale a la búsqueda de su propia identidad, a raíz de optar a un puesto legítimo de diligencia de su pueblo, respetando y cumpliendo siempre las tradiciones que rigen su vida. Y por la coyuntura inestable de la Jefatura de los Kanos, dónde un aprendiz de la Guardia Mensei, el hijo bastardo de un importante sanador y Jefe de Guerra kano, Iorgos, ocupará su lugar al frente del ejercito privado de su familia para evitar la caída de su gente frente a las almas endemoniadas de los hombres que la arruinan y la muerte lenta que está a punto de pasarles por encima.

Estos eventos fueron considerados como los acontecimiento más importantes para la historia de sus linajes, pueblos y la continuidad de Nextec, la tierra regalada por los Predictos, habitantes de la Primera Ocupación: arquitectos de sus inicios y quienes sentaron las diferentes bases que constituirían los cimientos de los diferentes Clanes y Jefaturas a lo largo de los siglos y Ocupaciones posteriores.

Silín es una nativa del clan Siltec, cuyo destino por nacimiento la indujo a un reservado interés por la participación honorable de las más complicadas decisiones que marcan el destino de los suyos día a día.

Iorgos, por el contrario, no se le consideró nunca un igual entre sus congéneres, aunque ciertas figuras nobles cuchichearán sobre su descendencia, sobre la frialdad del padre que lo engendro con una buscavidas de asentamiento diminuto, un polvo de puntillas y perdido en las tundras del Norte.

Pero no todo es fácil en la inhóspita tierra de Nextec.

Ella no había demostrado lo más esencial para tener esa oportunidad todavía, el derecho a participar en la dirección del rumbo más seguro para su gente... al contrario que el resto de su pueblo, no había demostrado tener el "goul", la "virtud" ; así llamaban ellos a lo que, en palabras generales, se denominaba "habilidad". Las tradiciones se respetaban, no había duda de que ninguno de los suyos pensara lo opuesto, por lo mismo que ella no era considerada apta para su función de acaudillar; un regalo de la anterior Cabeza del clan, Silténimos, quién premió por la entrega de los tributos saqueados y hallados con mayor utilidad a su padre y al padre de su padre. Les otorgó el derecho de ser considerados un linaje fuerte e importante, cuyas decisiones serían siempre escuchadas por la aristocracia del clan y reconocidos cómo uno de los Cinco Ascendidos del Líder vigente.

La vida, con pocas ganas de hacer equiparables sus malos contextos, sujetó con fiereza a Iorgos a la vida agrícola. Él y su madre vivían arrendados en unas granjas lácteas a dos kilómetros del pozo más cercano y al triple del portón de la Jefatura Kano a quienes servían y pagaban tributo en forma de especias o bidones de leche. Su integración a la Guardia Mensei surge tras la muerte de su último padrastro a manos de un tipo perjudicado por el alcohol durante un "servicio" de vigilancia nocturna en el distrito Norte de la Jefatura.

Pero no todo es justo en las tundras siniestras de Nextec.

El destino será caprichoso con las decisiones que los jóvenes tomen durante sus recorridos para encontrarse a sí mismos, pero llegará a responder a sus preguntas más fervorosas cuándo conecten con las personas adecuadas.

Para ella, sustituir a la Cabeza del Clan Siltec tras un combate a muerte por las riendas del pueblo y el intento de salvar a sus seres queridos del peligro que supone la inminencia del Rastro Marchito.

Para el, escalar posiciones y lograrse un renombre importante entre los suyos atraerá muchas miradas, algunas buscarán quebrarlo pero otras se interesarán y accederán a prestarle su apoyo, siempre que demuestre ser digno de ello.

Apelarán a las mayores familias de Maztec para su supervivencia, pero comprenderán que sí dentro de los bajos muros de su asentamiento, la corrupción había entrado por los dormitorios y mentes del Líder y algunos de sus Ascendidos, en aquella gran fortaleza, que representa la salvación del gran elenco de Clanes y Jefaturas, la corrupción era la cotidiana forma de llegar hasta los altos mandos. Luego podría amparar a todos los que se queden a las afueras de sus resistentes muros, huyendo mientras oyen llegar la marcha dolorida con sus quejidos agonizantes de ultratumba; esa experiencia adscrita al Rastro Marchito y a todo aquel pobre infortunado

que se interpusiera en el malogrado camino, llevaría consigo el abandono, el olvido total de cualquier madre, hermano, hijo o amigo que se arriesgara a entrar en mínimo contacto.

Pero no todo puede tener un punto y final en Nextec.

## Capítulo 2

### **Nextec**

La joven exploradora saltaba de los interiores en ruinas de una estructura con más de siete siglos de antigüedad. Consiguió su propósito para el Séquito de Exploración, comprobar la estabilidad de las estructuras de aquella zona de trabajo y, sea dicho cómo importante, seguía viva para informarlo.

Un holobuho estaba postrado sobre los restos del Edificio Metrópolis delante de un cartel que ponía "Gran Vía de Madrid". Sintióse observado por la humana que se aproximaba por entre las antiguas ruinas, cambió su imagen en una araña de residuos, después en una colmena de abejorros invasores y luego en un bestial perro guardián.

Silín mostró un gesto de sonreír, oculto tras una bufanda que prevenía la entrada de polvo a sus pulmones. Esos cambios de formas eran vacías. En su base de datos, había optado por elegir las apariencias de peligrosas criaturas, pero no sus habilidades. Ni mordía, ni agujoneaba, ni tampoco lanzaba telaraña ácida. Era un holobuho que empleaba su habilidad mimética en crear hologramas aterradores.

De repente, cuándo volvió a cambiar de forma, aparentando ser un riunagui en miniatura, le miró con los ojos flamígeros y con tal tenacidad que aquella risa de Silín desapareció. Si la peligrosidad pudiese golpearla, llevaría segundos muerta.

En ese momento, una versión nueva del águila PQ—S descendió de los polvorientos cielos y cogió al holobuho con su pico de grafeno. Mostrando convulsiones, el holobuho emitió un estridente chirrido de "algo" parecido a la angustia; luego pasó a colgar inerte y roto a medida que el águila ascendía por el aire. El holobuho estaba muerto, a pesar de sus intentos, estaba muerto. Mientras intentaba asustar a Silín, había sido destruido por otro elemento.

Esta comprensión permaneció rondando las emociones de Silín. El holobuho era inofensivo realmente, pero en su mayoría el resto de animales y plantas adaptados y que seguían apareciendo en los distintos rincones de Nextec no lo eran. Parecería, a ojos del clan de Silín, una clase de presagio, eran algo serio; podrían volverse realidad, pero eran malinterpretados hasta que resultaba ser demasiado tarde. ¿Silín podría estar en peligro de muerte... o sería un jefe del clan enemigo el que

moriría?

Por ahora, no había hecho enemigos personales. Tan solo existía las odiosas tensiones entre su clan y los diecisiete o dieciocho restantes.

El brillo plateado del segundo sol de Nextec atravesaba el Manto Eléctrico, lanzando vainas de luz desde las placas fotovoltaicas viejas hasta algunos árboles batería. Casi todas las plantas poseían sus habilidades, pero ninguna podría requisar de la necesidad de corriente eléctrica y suelo firme. Para ello, la tecnología de ciberátomos fue la solución, utilizándola para sustituir las necesidades del reino vegetal y animal por una mayor autonomía.

Silín se percató de la muchacha que pasó por su lado por debajo de un circular haz de luz eléctrico. Ella no era ninguna ciberplanta, pero tenía sus necesidades, añadiéndole que la vista que tenía de la otra chica la hacía percatarse de ello. Fathia era extremadamente preciosa, con una hermosura exótica. El resto de jóvenes intentaban realzar su belleza mediante los cosméticos perdidos de las antiguas tiendas en ruinas, tratándolos como si libros o tabaco fuesen. ¡No podría ser una enemiga con una cara tan hermosa!

Consiguieron llegar al Observatorio de Destoses tras avanzar entre los restos en ruinas de lo que fue hace siglos el majestuoso inmueble del Edificio Metrópolis. Se trataba de un montículo de rocas enormes y planas suspendidas en el aire en forma de escaleras ascendentes. Su origen todavía era desconocido para los diferentes clanes o jefaturas de la región de Nextec, habían estado ahí en aquel estado desde antes de nacer el abuelo del más anciano de su clan. Podían subir escalando las diferentes explanadas flotantes y mirar abajo desde la más alta para contemplar una quinta parte de Nextec. Era una tierra de contrastes, con una vegetación natural y robotizada entre los distintos resquicios de los edificios y rascacielos caídos y el poder de la naturaleza, casi natural, que conformaban las faldas de dos enormes montañas. Mientras Silín miraba la escena, una hilera de candidas luxi que hacían de bóveda para el tramo de un río seco, se iluminaron. El color violeta absorbía la atención de ambas jóvenes.

Silín continuaba cuestionándose durante un momento, al igual que de costumbre. No tenía mucha disciplina, acto que le ocasionaba preguntas basadas en su propia inseguridad y respuestas más tardías que breves. Desde que era una mocosa de cinco años, conseguía volver locos a sus padres con distintos tipos de preguntas: <¿Es el primer sol más gris que el segundo?>, <¿Los riunaguis comen solo hombres o también mujeres y niños?>. <¿Por qué los peces de los acuarios no desarrollan habilidades?> y muchas más preguntas de mocosa. Normal que al final la enviaran con el Séquito de Libre Exploración. Ahora controlaba su boca, pero no su mente, dejándolo pasar por alto con su silencio.

Aprendió a reconocer y diferenciar los distintos tipos de habilidades, como el del desafortunado holobuho; hacía más llevadera su supervivencia, una mayor comodidad o amedrantaría al resto de criaturas. Seguía cuestionándose, ¿Cómo es posible que la materia no—viva se puede adaptar a los ciberátomos? ¿estaría considerado vivo desde el momento que ambos elementos se combinan? Podría ser que sí, considerando que por la propia tierra pasaban grandes cantidades de electricidad por unas inmensas redes de placas, tubos, fuentes y cables que la sustentaban, desde la fundación de la región de Nextec.

O la responsabilidad caía sobre las alas de la Espiza, cómo decían las leyendas contadas por todos los padres y abuelos de los más tradicionales clanes y pueblos. La Espiza era un ente con la forma de cuervo, variado y casi de los más peligrosos de la región; era una forma de energía consciente que se mueve a las grandes alturas de los cielos, la tierra y teniendo como nido el propio Manto Eléctrico. La omnipresencia era su mayor cualidad, pudiendo estar en varias zonas al mismo tiempo y realizando diferentes acciones. Los reportes de los que se disponen afirman que se les puede percibir a simple vista una diferencia de colores, habiendo avistado tonos amarillos, violetas, azules y verdosos.

¿Qué pasaba entonces en el Observatorio de Destoses? Desnudo y sin ninguna piedra pulimentada que le hiciera ver vivo. ¿Desearía tener compañía sobre sus losas enormes de piedra flotantes? Y si la respuesta fuese "sí" ¿Porqué no aparentar una imagen más cautivadora? Las personas de Nextec no venían para admirarla, sino para gozar la esplendorosa imagen de su región. Una habilidad así parecía conflictiva y contraproducente.

Quedaban consideraciones más allá de la razón y su mente proseguía.

¿Cómo una materia inanimada podía tener sentimientos o pensar incluso?

¿Qué significado tenía la supervivencia para una plataforma de rocas que levitaban? ¿Debía de poseer una identidad propia al igual que la Espiza? Por otro lado, se puede decir lo mismo de una mujer u hombre que se había ido alimentando y aprovechando de las ciberplantas y criaturas que consumía, pero teniendo una determinada categorización...

— ¿Sobre qué querías hablar, Silín?— apresuró Fathia solemnemente.

Cómo si no lo supiera. Pero, mientras su mente forjaba las palabras necesarias, su boca se paró. Ya predecía su posible respuesta. Para poder permanecer en Siltec había que demostrar una habilidad antes de los veinte años. En tres escasas semanas llegaría la fecha límite para Silín. No era una niña desde su integración en el Séquito de Libre Exploración. ¿Era posible que a Fathia le gustara formar una relación única con ella, la posible exiliada?

¿Por qué no se paro a pensar en ello previamente a traerla hasta allí?

¡Parecería estúpida! A menos que deseara sentirse más abucheada, tenía que decirle algo para que no fuera tan escabroso la situación.

—Estaba ansiosa de ver tu... ya sabes...

—¿El qué? — remarcó Fathia ciñendo las cejas.

Una sensación de ahogo le subió por el cuello.

— Tu goul —tartamudeó. Deseaba ver mucho más de ella y si podía tocarla, mejor, pero si quería hacerlo bien, esperaría hasta el evento de la Relación Única. Como parte de su atractivo, Fathia era de ese tipo de jóvenes. Las chicas y madres que pensaban así no les hacía falta mostrarlo.

Siempre hay alguna excepción, como Alfeo. Resaltaba su atractivo mediante sus músculos y un rostro moreno siempre impoluto. Sin embargo...

—Silín, hay una manera — soltó Fathia.

Le echó el ojo encima y apartó de inmediato su mirada, confusa. ¿Estaría sugiriéndole ir a él?...

— El Virtuoso Tácito — alegó ella de forma risueña.

— ¿Perdona?— Silín había seguido por un camino diferente, y no era voluntariamente.

— Tácito puede usar a su antojo un infinito registro de habilidades. Con suerte, alguno de ellos....Si, estoy convencida de que te mostrará cuál es la tuya. Sería perfecto todo en ese instante.

— Pero tendría que trabajar para él, por lo menos dos temporadas completas de cosecha o caza — protestó Silín —. Yo solo dispongo de tres semanas.

En realidad, no era exactamente así. Tácito, el Virtuoso, podría descubrir la habilidad de Silín, evitando que ella fuera exiliada y dándole el tiempo suficiente para pagar con su servicio. Estaba conmovida por la esperanza

que demostraba Fathia.

A lo mejor era esa fe ciega lo que le había atraído desde el primer momento de ella. Era hermosa, astuta y sabía desenvolverse en casi cualquier situación, una maravilla en muchas de sus definiciones. Aun así, no le hacía falta poseer más de aquellas cualidades para convertirse en su....

— Sí, siete meses no es tanto tiempo. — inquirió — En tu caso, me “apretaría los machos” y aguantaría.

Silín posó la palma izquierda sobre su cabeza, dubitativa. En aquel lado de la cabeza todo era normal, pero su oreja derecha no estaba, como el ejemplo de una infancia activa e inquieta.

No fue resultado de nada relacionado con malformaciones, uso inapropiado de habilidades o algún ser pensante de Nextec. Estaba escondiendo cantimploras llenas de agua potable al rededor del asentamiento sur de su familia. Habían completado las murallas combinando habilidades, fuerza bruta y los fundidores portátiles, para el Séquito en el que estaba inmersa, debían de repartir pequeños galones de suministros a más de trescientos metros de las murallas y menos de dos metros de profundidad, para en caso de haber un asalto y tener que escapar, se pudiese reponer y huir con mayores comodidades hasta la ciudad capital del clan. Al guardar la penúltima, se percató de cómo el cielo del Manto Eléctrico ennegrecía y comenzó a bailar, emocionada.

Como si un mal día fuese, la carga eléctrica de aquellas nubes dispararon un arco eléctrico hasta la última cantimplora. La descarga brutal calentó tanto la cantimplora que la presión subía alocadamente en su interior, haciéndola estallar y lanzando una lámina afilada que cortó su oreja.

Volvió al asentamiento cuando recobró el control de su cuerpo, no dijo nada a nadie e intentó ocultar las injurias a su familia cuándo llegó al hogar. Descubrieron las heridas de Silín demasiado tarde para reponérselas con alguna de las habilidades mejora de los sanadores.

Se la castigó. Reanin, su madre, entendió que había aprendida la lección. ¡Vaya si la había aprendido! En la siguiente ocasión, sabría que bailar bajo una nube eléctrica no sería para tomársela de broma. Su padre sintió orgullo por la fuerza y templanza que demostró, habiendo

aguantado tanto dolor en la adversidad y no quisiera preocuparles.

—La mocosa es más dura que el suelo que pisamos — había dicho Sílex—  
Espero por su bien que demuestre su habilidad pronto.

Silín cambio la ubicación de su mano. Todo aquello había transcurrido diez años en el pasado. Repentinamente, un solo año parecía efímero, al igual que siete meses. Siete meses de servicios... para una vida entera con Fathia. El mejor de los tratos.

Pero...¿y si no tenía habilidad?¿ iba a pagarlo con siete meses de su vida para que la respuesta fuera la misma que la peor de las probabilidades?¿O sería mejor aceptar el exilio, para mantener una inútil esperanza de que sí poseía alguna habilidad latente?

Fathia, prefiriendo no molestar la corriente de pensamientos de Silín, uso su habilidad. Se colocó los nudillos de los dedos índices en la boca, cerrando los ojos y silbando de forma aguda y preciosa. Los rastros de polvo metálico de la propia plataforma comenzaron a congregarse delante de ella, colgando en el vacío. La pequeña nube rutilante se expandió, perdiendo su densidad por los bordes, añadiendo volumen por su centro, hasta conseguir un metro de diámetro. Sin flotar en la corriente ni disiparse, parecía humo grumoso.

A partir de ahí ella empezó a silbar con mayor fuerza, subiendo unos tonos. Empleando el sonido extraordinario, la nube metálica temblaba, condensándose aún más en su centro, formando una bola esférica la mitad de grande que su estado previo. Siguió entonando distintos tonos agudos y graves, un cántico maravilloso al que su creación la acompañaba cambiando sus formas y colores.

Un talento artístico bastante curioso y único, como ella. Fathia podía dar forma a cualquier cosa en cualquier parte de la región. Pero hablando con sinceridad, esa habilidad no mejoraba su vida en ningún aspecto requerido

por la comunidad.

¿Todas las habilidades ayudaban, en esencia, a sus poseedores? Un hombre podía hacer surgir, al instante, estacas metálicas en un círculo a su alrededor. Otra anciana escupía bolas perfectas de metal. Otros nacían con partes de sus cuerpos galvanizadas; cuando los ciberátomos se atascaban por las venas de alguna extremidad o zona del cuerpo en estado fetal, se funden, y transformaban la carne en algo diferente, una especie de extensión de carne, envuelta en hueso. Y todo esto, era considerado una habilidad, ¿qué función o utilidad podrían tener? ¿Por qué esa clase de personas eran cualificados para vivir en los regimientos de los diferentes clanes y jefaturas, y Silín siendo tan fuerte, atenta, atractiva y rápida quedaba para los restos? Pero esa era la Tandem Lege, o última de las leyes escritas en la reunión de los Exaltados: aquella persona que no muestre habilidad o pueda compaginarse con los ciberátomos, no podrá permanecer allí pasado su vigésimo cumpleaños.

Fathia tenía razón: tenía que desarrollar o descubrir su habilidad. En este preciso momento, todavía no lo había encontrado, así que pagar por ello a uno de los Virtuosos podría ser su respuesta. Al menos, para evitar el exilio —¿tendría algún sentido la vida de exilio sin Fathia?— y permitirle adquirir el derecho a una vida compartida personalmente con ella. No había elección posible.

— ¡Ay!— soltó Fathia, llevándose las manos al cuello. Su habilidad se apagó, disolviendo la masa esférica colorida.— ¡Eso duele!

Silín se puso en postura de combate, alarmada. Avanzando, un sonido de risas floreció a sus espaldas. Fathia realizó un semicírculo con su cadera y gritó enfurecida.

— ¡Gaara, estate quieto!— sugirió por lo alto. Era de ese tipo de chicas que tanto alegre como irritada, no perdía su atractivo — ¡Deja los juegos!

El que le había lanzado la tanda de agujas en la nuca había sido Gaara, obviamente. Silín apretó con fuerza sus puños y los dos mangos de su

hacha y su pulsador de repetición, se dirigió hacia el burlesco chaval que estaba al otro lado del Observatorio de Destoses. Gaara tenía trece años, irritante bajo control de supervisores o familiares y engreído cuando la vigilancia escaseaba.

La rodilla de Silín tembló espontáneamente, tropezándose con una roca dispersa, haciendo un luxación inapropiada para el tobillo. El avance firme fue interrumpido.

Una segunda oleada de carcajadas explotó enfrente de ella, tan cerca que deberían de estar a menos de un metro, pero no había nadie a simple vista.

— Es tu turno, Cather— dijo Fathia.

Ese era el goul de Cather: la invisibilidad. Solo tenía capacidad de un metro y medio cuadrado, y como el resto de habilidades, también era limitado por su uso durante un tiempo determinado... aunque durante los primeros tres minutos fuese una masa tan dura como la piel de un Ferrachopper anciano. Intentar alcanzarles no valía la pena. Se irían moviendo al paso de Silín, entorpeciendo y aumentando la humillación y sus risas. Si ella poseyera algún tipo de habilidad no la estarían atormentando, pero era algo que ellos sabían. Todo el mundo sabía de la mala fortuna de Silín. Era un objetivo adecuado para los bromistas, tan solo por que no podía devolver el golpe en el acto.

— Sí, vete de aquí— sugirió Fathia.

El tono estaba envuelto en repulsión por la presencia de los alborotadores, aunque Silín sospechaba que se la achacaba a ella en añadidura. Desde su interior, una impotente rabia iniciaba su ebullición: una sensación que se había ido repitiendo numerosas veces y que nunca pudo controlar. El hecho de no tener habilidad le hacía pensar que no pertenecía a su clan, además de arrebatarle las fuerzas para confesarse a Fathia.

Ambas se largaron juntos por entre las ruinas, regresando sobre sus pasos. Los graciositos se marcharon en la búsqueda de otro blanco del que burlarse. El paisaje no parecía tan precioso como antes. Lo mejor sería que ella también se largara de aquel lugar, antes incluso de su exilio oficial. Si Fathia la amaba de verdad... la acompañaría en su exilio, incluso llegando a los Límites del Manto Eléctrico.

Pero claramente, aquello no era justo de ninguna manera. Fathia la amaba también... pero amaba su tierra y su familia. Tenía una esbelta figura, flamígera y electrizante a los sentidos. Aunque ambas podrían encontrar otras parejas, seguía prefiriéndola a ella. Quizas, objetivamente, era peor que se quedara para la humillación. ¿Por qué su mente estaba de acuerdo con esa idea, pero su corazón no?

Cuando pasaron por donde el holobuho había estado, su cuerpo notó un intenso escalofrío.

—¿Has intentado hablar con Betancourt? — apremió Fathia mientras se acercaban a la fortificación de su clan.

Era casi de noche, la oscuridad parecía que se desenvolvía más rápidamente al paso al que se acercaban a su hogar. Unos árboles batería iluminaban la única entrada.

Silín dirigió su vista al desubicado pedazo de metal de grandes dimensiones que ella indicó. La Placa de Betancourt era algo diferente, pertenecía a un grupo de humanos cuyo nivel de adaptación ciberatómico rondaban entre el cincuenta y noventa por ciento. Su pulimentada superficie permitía reflejarse casi tan fiel como un espejo, aunque unos tonos más oscuros. Detrás de aquella placa metálica, si se miraba con profundidad, se observaba el conjunto de músculos y arterias en funcionamiento.

Había un cuento que reflejaba el folclore de Nextec. Ciento treinta años en la línea del pasado había existido uno de los grandes Prudentes: un joven chico de nombre Luka. Su habilidad que poseía era la transmutación..., un talento que le permitía transformar a cualquier criatura viviente en cualquier otra cosa del mismo peso. Pero no estaba satisfecho en su posición como Prudente, que se lo obtuvo por su apabullante control de la materia. Luka uso su habilidad de forma ruin y deshonesto, apoderándose de las familias de los líderes de los clanes, tribus y jefaturas y autodenominándose único Gobernador sobre Nextec y las Cuatro Ciudades. Su proceso fue obvio: transmutaba a todos aquellos que opusieron resistencia a sus decisiones... a su peores contrincantes los convertía en trozos de metal o cristales gigantes, manteniendo en algunos el rostro, otros una o dos extremidades o nada directamente. A él se le debe la idea de que algunas criaturas tengan inteligencia, ya que retienen su mente humana.

Riunaguis, Águilas de generación PM hasta PQ, incluso algunos Chuktra inteligentes, son ejemplos de sus posibles creaciones.

Luka se fue hacía tiempo..., pero sus victorias sangrientas, invenciones e ideas se quedaron hasta hoy. Lo peor era que no se sabía de nadie mas que manifestara la misma habilidad, así que aquellas creaciones se quedaron en sus nuevos estados y formas.

En el Séquito de Libre Exploración enseñan que a cada habilidad le correspondía una categoría específica. Se dice, que solo una vez cada cuatro o cinco generaciones, nace una persona que posee una habilidad igual de poderosa, pero no tiene porque ser la misma. Betancourt fue una de aquellas amenazas del Prudente Luka . Curiosamente, nadie recordaba que había ocurrido, de modo que sigue siendo un pedazo de metal que sobresale del suelo y te "hablaba".

La habilidad de Betancourt era la comunicación a distancia; enviaba paquetes de datos con su propio audio a través de un canal entre los ciberátomos que él mismo creaba y manejaba. En su forma de escultura metálica, por suerte, podía seguir comunicándose ya que retuvo consigo la habilidad. Betancourt no era ningún reconocido pensador o resuelve problemas, pero un trozo de metal mantenía mas objetividad con los

problemas humanos.

Silín pensó que podría darse el caso de que a Betancourt le gustara ser un metal que volver a ser humano. Encantaba a la gente que pasaba por delante suya y le daba tiempo para una charla, pero se sabía qué no le fue bien con la belleza y la amabilidad en su forma anterior.

Tomaron rumbo hasta la Placa de Betancourt, preocupadas por las respuestas y direcciones que iba a recibir Silín.

## Capítulo 3

### **Nextec (2)**

La cuervuresca mirada inquieta de una diminuta Espiza, dispuesta como si fuera de las pocas aves que seguían posándose en los árboles, se mantenía estática. Vigilaba el interior de una hacienda, alejada de la vista, en el centro de un bosque frondoso propiedad de la Jefatura Kano. El aspecto de la choza era deslumbrado y pobre, pero sería dónde el encuentro familiar llamó su atención de ente desconocido, misterioso y pensante.

No presentaba ningún color rutilante o amenazador. Al contrario, su velo mimético de luz jade formularía las mismas incógnitas en las mentes y las almas de quienes habían avistado a la divinizada figura; considerada la representación de lo "Oculto" y lo "Esotérico" sobre el contexto de la cultura general, "El Origen" o "Ank" para los fervorosos pregoneros ankarlianos, el oculto dirigido expresamente a su figura; "La Fe vaga" peyorativamente titulado por aquellos nobles de las Ciudades y algunas Jefaturas; "Corbót di Espri", "La Culpa" o un aviso de la muerte aproximándose, eran algunos de sus nombres. De pronto, el ojo de la Espiza captó movimiento en el interior:

Un varón, de cabeza rapada, barba fina, dos heridas que cicatrizaban a distintos tiempos y decorado con las reconocidas ropas de un cadete de La Guardia, se adentraba a la casa de leña húmeda con la urgencia escrita en el semblante.

— Tengo que estar de vuelta para la instrucción del Segundo Guardián Kistamos lo antes posible — soltó el moreno y rapado Iorgos, cerrando la puerta de su alejado hogar sin cuidado.

— Deberías de agradecer que tengas una puerta que cerrar cuándo llegas a casa.

— Y se agradece, pero no me has avisado para recordarme que seguimos viviendo bajo el mismo techo.

Iorgos mostraba un descontento visible, apretando los músculos de la mandíbula por culpa de aquella mujer tirada en una silla del fondo de la casa.

— Qué bien te queda esa hombrera tachonada... — sonrió — veo que siguen usando las mismas para todos los "descerebrados" que entran en

los Mensei.

Su asiento estaba mediado a partir de cubos de oxidados metales, soldados por las propias manos desprotegidas del hijo. Ella no parecía valorar aquella, la última de sus labores personales, allí, abierta de piernas, bailando entonada con la mano que tenía sujetando el aguardiente casero; parte del líquido que empapaba su base aparentaba ir secándose con rapidez. Al contrario que la tensión en el ambiente.

— Guárdate las bromas para los vecinos, tributarios o a quién le haga gracia. Mamá , ¿qué te ocurre?

Sabía que lo avisó por algún tipo de emergencia. No lo bastante grave, aunque sí lo suficiente para arrebatarse esa última media hora libre, antes de la instrucción del Segundo Kistamos.

— Esos amargados sin decencia... forzando a las viudas a pagar las injustas deudas de sus maridos muertos, enterrados o perdidos...

La mujer, girando con despreocupada brusquedad la muñeca, apartó su copa, acabando la mitad del vaso situado sobre el filo de la mesa. Entonces, en un arranque de gestos nerviosos con las manos entorno a un rostro, alcanzó el motivo real de su reclamo. Les habían robado... con su madre presente.

— ¡¿Los tributarios otra vez?! — inquirió Iorgos con fuerza.

Con rudeza, se apartó de la conversación. Otra idea le usurpó la mente y se apresuró a revisar en su habitación. En realidad era de ambos. Todas las pertenencias se encontraban revueltas. A la derecha, su cama vomitaba la paja que antes se amoldaba en su magullado torso tras el usual día de lección, rajada por el centro, seguramente con un cuchillo de sierra.

¿Porqué habrían pasado por su casa aquellos avariciosos?, tenían un acuerdo: cambiar los pagos mensuales de ciertos tributos por veinte noches de vigilancia nocturna sobre la muralla Norte. Llevaba trece cumplidas y el supuesto importe había sido hace dos días, idos malditos días!

Rebuscó con destreza, acto que le hizo perder esa valiosa media hora para volver justo tiempo para la lección, pero que le descubrió aquello que echaban en falta: dos fundas con polvo de afro , las esquirlas de un mineral con valioso pedigrí para los comerciantes, banqueros, herreros o mercenarios; algunas botellas de vino y ,pese al estremecedor caos que ocupaba el dormitorio, seguía sin aparecer el tarrón de cristal de su padre, el de verdad. En su interior se conservaba una única Lotus Ainnarae, o "Loto de Nara". Por el aspecto de la ciberflor no pasaba el tiempo y se

conservaba intacta en su presidio hermético desde hacía más de cuatro estaciones de cultivos regulares (dieciocho años en términos generales).

— Sé lo han llevado... ¡Sé lo han llevado!

La madre prefería repetir la respuesta que tenía para situaciones así, de las que requerían de su apoyo cómo guía de la familia: ir a por otra jarra de leche fermentada y seguir recostada en la silla fabricada de su hijo.

Tenía hinchadas las venas de sus brazos entrenados y jadeaba alterado. El muchacho, que no daba explicación a la traición del acuerdo, volvió a la entrada, cómo si pudiera encontrar alguna explicación a lo ocurrido. Conectó la mirada con la ebria que sostenía su madre. Menudo ejemplo de alguien a quién debía admirar por sus decisiones.

— ¡¿Porqué dejaste que entraran en nuestro cuarto?!

— No grites... te llamé para que vieras que han hecho.

— Siempre los hemos atendido fuera o , cómo muy cerca, en la misma puerta. Nunca entran. — agravó su tono en cada silaba — ¡Nun-ca!

— Sigues gritando... a tu madre... a la que sufrió por traerte a esta tierra— volvió la mirada hacía la ventana, mostrando un repentino desinterés por la conversación y por la estampa encolerizada de su único hijo, y familiar, que le quedaba.

— ¿Seguías perjudicada con esta escoria de bebida casera?

— No lo sé... puede.

— ¿Si o no, mamá?

— Puede...

— Si estabas con la mona cuándo ellos tocaron y tú les abriste la puerta, es posible que ni fueran ellos — aquella era la vía correcta: buscar una solución lógica y apartar los pensamientos estresantes —. ¿Eran Acorán y Nélisha?

— Puede.

— ¡¿ Puede ?! — repitió estupefacto, Iorgos intentó forzar su atención en otra vía de pensamientos, una efectiva y que encontrase al culpable del

pillaje ingrato.

Allí, junto a una madre que reparaba las contrariedades en el licor casero, arrastrando la pérdida inoportuna de su último compañero sentimental, asesinado en una trifulca contra unos "alborotadores" del Líder; supo que no hallaría la solución. El desamparo los estaba arrastrando al profundo abismo de la melancolía y las deudas, dónde Iorgos se había estado moviendo en el pasado y conocía su frío calado, el miedo manchando el aire de la noche cuándo deseaba no tener que agarrar el hacha de madera de debajo de la cama.

Antes de salir por la puerta de lo que algún día querría que fuese un lejano ejemplo a lo que llamase "hogar", Iorgos, buscó la señal en su madre, aquella que llevaba buscando desde que entró bajo la tutela de los Mensei, la actitud necesaria para vivir sin depender del relativo más cercano, el rasgo de cuándo has madurado: independencia.

Cómo si estuviera en la compañía de "el tullido y el tuerto" de los cuentos populares, el muchacho abrió la puerta y renunció a ver si se daba el caso que tanto ansiaba cuándo cerrara la puerta tras de sí.

Caminaba con la precaución cómo su temporal filosofía de acceso a las diligencias bancarias, ubicadas dentro del lujo y la exhibición más ostentosa del distrito Norte de Kanos. Encontraría a los tributarios que robaron las últimas reliquias de un muerto que dio lo mejor que tenía en vida cuándo no le quedaba nada más que el aire de los pulmones.

El trayecto de veinte minutos hasta el primer anillo amurallado acompañaba la llegada de la noche, atravesando un tramo frondoso con la única vegetación y fauna natural en Kanos, cuyo sendero de seiscientos trece pasos accedía, directamente, a las llanuras de medio kilómetro cuadrado; marcaba el ritmo con fuerza, en su trayecto las nubes de insectos desaparecían mientras más cerca estaba de las tierras lindantes del primer anillo, aquella estructura que envolvía por completo la Jefatura, hecha por dos ingenieros con las habilidades adecuadas para la fusión y el traslado del material, seis maestros albañiles y varios oficiales; de una sola apertura para salir y entrar del distrito Sur, el joven descansó su

andadura a cielo descubierto.

Dos vigilantes estaban postrados en la mediana con el portón, esa ancha placa—collage de chapas metálicas y alambre roñoso fundidos y que solo habían demostrado protegerles de grupos pequeños de saqueadores, nómadas apóstatas y los cerdos incendiarios del Festival de las Fuerzas. Deberían de haber usado el chuktra que tenían enjaulado en los almacenes reales para comprobar si la resistencia era la justa y apropiada.

— ¡Quieto! — imperó el vigilante apostado a la izquierda. Por su aspecto y la inocultable esfera galvanizada en dónde estaría el hombro, Iorgos lo reconoció. Era Jarrys.

— ¡Soy yo! — gritó el novicio desde abajo. Quería ahorrarse unos minutos y optó por acelerar el proceso cómo unos de sus compañeros, otro novicio, le explicó — ¡Iorgos, de la Guardia Mensei!

— No hay ningún Iorgos en los Mensei, farfullero — provenientes desde el otro lado del portón, aquellas palabras captaron la completa atención del muchacho.

Esa aclaración, aunque fuera cierta, respaldaba a una actitud asocial, irrespetuosa para la cultura Kano.

Un viento cálido empezó a infiltrarse por debajo y los laterales del gran pórtico defensivo a un ritmo antinatural, o poco común, siempre que se interpretase bajo el paradigma con el que Nextec gobierna. Aún forrado por aquella argamasa de cuero tachonado, telas ajadas superficiales y de restos reciclados, el novicio mostró amenaza en su camino hacía la puerta.

Jarrys bramó por la imprevista acción de Iorgos, escupiendo porciones de saliva y mendrugo por insulto:

— ¡ Que te pares escoria! ¡Bastardo! ¡Maldito chupatelas!

Parecían que los oídos del novicio no respondían. Ni los insultos más groseros contra su linaje, familia y muertos más recientes le hacían

pararse por un instante.

Iorgos, por su cuenta, encontró las palabras adecuadas.

— El qué me llame de “farfullero”, sin mostrar la cara, solo merecerá del odio. Del odio sin palabras — amenazó, recitando un extracto, que leyó obligadamente sí quería acceder al entrenamiento de la Guardia, del cuento popular “ El estanque puro de Grinkanos”.

— Cuándo me dicen mentiroso, siempre espero que no se equivoquen... — replicó con otro fragmento del mismo relato. El volumen de su interlocutor aumentaba y Iorgos ya podía posar la mano sobre la chapa caliente. La persona que le recriminó seguía allí , notando la presencia enojada del muchacho por el otro lado del portón; continuó —... o que vengan bien acompañados.

— ¿Insultar a escondidas? Eso no lo haría ningún Kano respetable.

Iorgos intentó apartar por sus medios el metal corredizo desde dónde el vigilante avistaba los exteriores. Solo consiguió deformar la inocente placa mediante dos golpes. Con los impactos secos el interlocutor se vio en la obligación de hacer acto de “presencia”.

Cuándo lanzó el tercer puñetazo, la placa se abrió y su brazo atravesó, hasta la altura de su codo, la rendija, encajándose. Antes de que pudiera retirar la extremidad, sintió un superficial, pero repentino, corte en la parte inversa de la mano

Con las primeras gotas de sudor que caían de la frente fue notando el aumento peculiar de la temperatura; fue tan de intenso y repentino el vertiginoso ascenso del sofoco, que Iorgos, desconcertado, se dejó caer de espaldas. Se llevó la mano a la cara y observó el sangrado de la herida. La sangre no parecía tener intención de mantenerse dentro de su cuerpo.

El aire le ardía, sentía una quemazón por debajo de toda su vestimenta; aquel conjunto representaba, de por sí, la idea de “Extensión de la Ley y la Justicia en el Distrito” sin necesidad de tener el rango de Guardia o de Guardia Mensei, y le estaba quemando.

“Todos lo respetaban” pensaba Iorgos en la soledad. Todos... hasta que aprendió que no era así. Aquella escoria de sangre oxidada que se apropió de los recuerdos más importantes, le enseñó que no todo el mundo sigue teniendo en la misma alta estima a la Guardia de Kanos; no todo el

mundo parecía reconocerse cómo los compañeros que intentan salvaguardar , a toda costa, los Distritos y Murallas; y no todo el mundo mantenía su palabra.

De calor insufrible pasó a mareos agudos creándole confusión; casi se ahoga con la primera de las nauseas. Antes de que su vista dejase de luchar, ladeó instintivamente la cabeza y, a duras penas, discernió las botas reglamentarias de Vigilante de Muralla, con aquellos cuadrados rojos que los delataban, pintados justo en los laterales de las botas.

Lo último que escuchó fue una burlona risa áspera y tres palmadas que la acompañaba.

## Capítulo 4

### **La Fuerza Inhábil**

— Ni se os ocurra acercaros, paisanos. Os acechan rufianes. Silín y Fathia pararon en seco.

— ¿Betancourt, eres tu?— pregunto Fathia —. ¿quien se esconde?

El gran pedazo de metal vivo hablaba mejor que oía, así que no les respondió. Por lo que se veía, el metal no era un buen material para hacer oídos. Silín, molesta, avanzo un paso hacia delante.

— Betancourt es parte de todo el mundo— soltó —. ¿Quién sería capaz de...?

—Sí!, atenta — apremió a decir Fathia, mientras puso la palma de su mano sobre la hombrera metálica de Silín—. No queremos más problemas.

Exactamente. Ella nunca quería problemas, pero a Silín no le parecía nunca algún tipo de desventaja para quererla mas, pero aveces entorpecía el desarrollo de las cosas. Silín no dejaba nunca que los problemas se inmiscuyeran en una cuestión de sus propios y sedimentados principios.

Aunque por otro lado, Fathia era hermosa, y a ella le había causado bastantes percances desde antes. Giró sobre su paso y optó por retomar el camino junto a Fathia.

—¡Mierda! ¡Se marchan!— dijo una voz—. ¡Esto es injusto!

—Seguro que esa maldita "Placa" se ha chivado.— gritó otra voz.

—Vamos a darle su merecido al lengua—larga de Betancourt. Silín volvió a pararse en su sitio.

—¿No serán tan estúpidos de hacerlo, no?— dijo indignada.

—Nadie estaría tan loco.— profetizó Fathia con voz segura—. La Placa de Betancourt es parte de nuestra comunidad desde el instante que nuestros bisabuelos se asentaron en la zona.

De repente, la voz de Betancourt resonó en sus cabezas, un poco turbia y grave. Lo tomaron como muestra de un mal estado de concentración.

—Amigas, por favor, llamad enseguida a la Cabeza del Clan Estos bandidos hijos de un montón de costras secas, están intentando destruirme y se han tragado un montón de litros de alcohol.

—¡Destruirte!— bramó Fathia con absoluta rabia.

—La Líder esta fuera desde hace tiempo. No nos sirve de todas maneras, su mente tiene pelado las conexiones entre sus neuronas.

—Y encima no ha conseguido encontrar el pozo de agua desde hace años— coincida con su argumento Fathia —. Los mas jóvenes no tenían tanta estupidez acumulada cuando la Líder estaba totalmente consciente del terror de su habilidad.

—Nosotras seguro que no — dijo Silín—. ¿Recuerdas cuando un millar de arañas de ácido salieron corriendo del pozo que hizo nada mas llegar? Ella sola, con todos nosotros mirando, se encargo de aplastarlas y extraerles todos sus líquidos en un solo gesto de muñeca. En el pasado, si era una Gran Líder, una gran Cabeza del Clan.

Entonces, escucharon ,las dos al unísono, el compás de golpes sobre el metal. Un grito agónico ocupó todo el ambiente, haciendo a Fathia y Silín estremecerse. Las dos pensaron que ya habían comenzado aquellos estúpidos. Sin tiempo para llamar a su Líder o algún supervisor, cargaron hacia el lugar.

Un segundo sonido horrible volvió a brotar del aire, cuando el puño-galvano de uno de aquel grupo golpeaba la cobertura de Betancourt. Se escucharon risas, los chicos estaban de juerga. Sabían que sus actos no iban a ser culpables, y si lo serían no les importaría lo mas mínimo.

Para cuando Silín y Fathia llegaron hasta Betancourt, no había nadie. Del oscuro metal que conformaba la forma en columna de Betancourt, emanaba una fuente roja, a sopetones manchaba tanto su cobertura como el suelo de su alrededor. Parecía serio.

—¡ No puede ser!— dijo Silín—. ¿Que coño hacemos?

—No pierdas la calma. Tu cúbreme e intenta que nada interfiera con mi concentración.— afirmó rotundamente Fathia, con aquella seguridad tan suya—. Tu tampoco Betancourt.

El ruido agónico se apagó, reduciendo su volumen como el eco en una cueva profunda. Fathia, tenía una idea. Si disponía del material que se desprendió del golpe cerca, podría encontrarlo e intentar unirlo por completo. Necesitaría mayor concentración que antes, mucha mas. Su propósito estaba en los límites de su entrenamiento.

—Sois unas buenas jovencitas.— alegraba a decir Betancourt. — Date prisa, por favor...

La mirada de Silín al notar el esfuerzo de Fathia era incomparable. Estaba orgullosa de ella, de su manera de pensar tan altruista y siempre buscando la honradez. ¿Era no tener una habilidad tan malo para ser apartado de la mujer que ella quería?

—Me parece injusto que los chicos estén tan descontrolados... encima les siguen permitiendo la entrada al asentamiento. Mientras que tu Silín...

—Tranquilo, Betan...—bufó con descontento Silín, alejándose un poco mas.

Completamente, estaba de acuerdo con él. Aunque, ¿de que serviría seguir comentándolo? Decidió echar un vistazo por la zona para asegurarse de que seguían estando a solas con Betancourt. Se habían

marchado por lo que pudo notar.

No le costó mucho llegar a una primera conclusión. Tymari, Rolando y Turtle... los "malcriados" del lugar. Tymari había nacido galvanizada, su brazo izquierdo tenía una extensión en pico que podría estirar a voluntad y mas allá de tres metros. Eso le habrá hecho, así fue como provoco el tajo en la Placa. Lo peor, es que les habrá resultado divertido....

Silín recordó su propia experiencia con aquellos gamberros con un amargo rostro. Borrachos hasta los tobillos, les habían emboscado a ella y un amigo en su función rutinaria de exploración en las ruinas del Este.

Cayeron bajo su trampa. Intentando retroceder, Turtle hizo arenoso el suelo mientras que Rolando hacía repeticiones holográficas de su propia maza, lanzándolas y ellos intentando esquivarlas como podían. ¡Así se divertían aquellos bastardos!

Para su suerte, el amigo de Silín era capaz de recrear un holograma de sí mismo, que actuaba independientemente incluso, pero para mala suerte de Silín, ella no se percató de este hecho. Al ver a la copia siendo sumergida en el arenoso suelo, intento salvarlo, con tan mala suerte que ingirió la arena en su caída. Ahogándose e intoxicada por lo que había tragado del suelo, vio a su amigo correr y salvarse para pedir ayuda.

Buscó a la madre y padre de ella.

Aún mantenía la conciencia, pero le faltaba el aire mientras se iba hundiendo un poco mas en el suelo. Su madre lleo la primera para agarrarla del brazo. Para su suerte, la habilidad de su madre era lo que consideraban "saltar"; Reanin tenía la habilidad de materializarse, una

sola vez cada media hora, en cualquier punto que alcanzara a ver. Era una habilidad limitada, pero poderosa, ya que le permitía acabar los problemas de movilidad en un instante, o cada media hora.

La habilidad de Sílex era la paralización sónica selectiva. Tenía que tocar a sus objetivos previamente, pero para la situación, el ya había tenido algún contacto con todos los habitantes y comerciantes del pueblo, así que solo

le vasto reconocer la habilidad que ponía en peligro a su hija para usar la suya. Paralizó de inmediato a Turtle y la arena fue escupiendo a Silín, al ritmo que Reanin la sacaba, hacía sus brazos.

—¿Estás bien mi pequeña cachorrita?— exclamaba la madre arrojando el rostro de su hija contra el pecho—. Respira tranquila. Todo esta bien ahora...

La escena fue vista por aquellos tres rufianes, que no tardaron mucho en propagar la historia por el asentamiento, de como la "inútil Silín" solo podía salvar su trasero gracias a sus buenos padres. El mote corrió durante varios años en las bocas y mentes del resto de la juventud y mayores del asentamiento. "¿Estas bien cachorrita? Jajajajajja" era lo que decían los que se burlaban de ella. Incluso, aquel bochorno llego a los oídos de la media cúpula en la jerarquía del clan.

Silín había culpado a Tymari, Turtle y Rolando. Ella no era poseedora de ninguna habilidad, pero, a lo mejor por ese mismo motivo, era la chica mas fuerte de todo el asentamiento. Si tuviera que mirar al pasado, Silín se veía a si misma siempre luchando, imponiendo mas su fuerza que su coordinación. Discretamente, invito a Tymari y Turtle a un encuentro, claramente en nombre de otra chica mas guapa que no era ella. Cuando los dos aparecieron, les demostró como de rápido se puede caer alguien al suelo a puñetazos que convirtiendo la tierra en arena. Aunque a Tymari le costo más, le consiguió humillar cuando le hizo un agarre por su espalda. Finalmente, busco a Turtle, que siempre estaba rondando en una antigua tienda de tebeos que usaba como base secreta para él y sus amigos; le agarró del pescuezo y la melena, solo le tubo que propinar un buen cabezazo para dejarlo inconsciente y con un buen chichón encima de su ceja derecha. Tras su reacción, tan inesperada como efectiva, empezaron a evitarla. Entendiendo eso, era normal que el grupo de malhechores desapareciera al verla llegar hasta ellos en la Placa de Betancourt.

Silín cambio su cara de disgusto por una vengativa sonrisa al recordar el pasado. Era verdad cómo dijo su propio padre al enterarse, había sido inmadura, pero un montón de placer florecía de aquel dulce recuerdo. En el fondo, supuso que fue la mala relación que llevaba con su madre, Reanin, la que transfirió a gente como Tymari o Rolando, lo que le inspiró

a vengarse y no arrepentirse.

Así que se propuso encontrar su propia habilidad. Una que fuera tan poderosa como la de su madre o tan estratégica como la de su padre. Entonces, nadie se atrevería a humillarla otra vez y no daría más vergüenza ni a su familia ni a su clan. Por desgracia, hasta el momento, la conocían como "La Fuerza Inhábil".

Encontró entonces, al lado de su pie, un pequeño agujero de crismis, un gusano que se sustentaba de restos de plástico y escupía una especie de líquido adherente. Desde hacia siglos, su uso era exclusivo para las reparaciones y conformación de vestimenta, pero en la situación en la que estaba, podría ayudar a completar la "reparación" de la Placa. Metió el mango de su arma en la pequeña entrada y socavo un poco, encontrando al menos tres crismis enrollados entre sí. Con cuidado de no agarrarlos juntos, separó uno con el mismo mango y lo agarró por el lomo; el insecto comenzó a escupir aquel líquido grisáceo, apestoso y pegajoso. Agarró

una de las probetas que tenía en los bolsillos integrados de su cinturón del Séquito de Libre Exploración y lo relleno.

Silín podía estar reflexionando mucho tiempo antes de hacer un solo movimiento. Si meditar fuera una habilidad, Silín sería un Exaltado o la mejor de los Prudentes.

El ambiente, al rededor de las chicas comenzó a cambiar. Las intensas nubes de polvo que vio horas antes acababan de posarse sobre sus cabezas, robando todo tipo de luminiscencia natural. Unas formas tenebrosas comenzaron a manifestarse a los alrededores de la meditativa Fathia y ella. Eran figuras informes, del tamaño de su propio puño, que flotaban en el aire y siendo los únicos focos de luz que había en el lugar. Parecían que estaban observando a Silín y ella comenzó a seguirlas con gran curiosidad. No se acordó en aquel momento, pero las esferas de luz se llamaban rippers ; nadie sabía su origen, pero tampoco importaban. Lo que de verdad era importante eran sus interacciones con la gente; con la luz hipnótica que emanaban, la gente quedaba engatusada y embobada, como en un estado de usurpación de mente. Los atraían y luego los hacían perderse en alguna parte recóndita de las ruinas de cualquier ciudad.

Cualquiera que las viera y no se percatará, era sentenciado a no aparecer nunca más.

La falta de luz que entraba por el Manto Eléctrico hacía cambiar cualquier parte de la región de Nextec. Algunas ciberplantas y criaturas solo aparecían en la plena oscuridad, viviendo bajo el propio suelo, en las cavernas de las montañas o entre los restos de los edificios. Por no hablar de los Rechazo de Mina, un grupo de personas con inconvenientes con el resto de las demás sociedades y la luz. Nadie sabía donde se escondían o donde serían sus asaltos, siendo la aleatoriedad y la peligrosidad sus creencias en los combates e invasiones de territorio. En más de una ocasión, dos o tres clanes, han entrado en conflicto directo y oficial, por los ataques al azar de sus miembros, creando tensiones económicas y políticas entre aquellos clanes que regentaban las zonas invadidas.

Ninguna persona, con dos dedos de frente, pasaría la noche en la gran selva derruida de escombros y seres ciberatómicos. Así, los nervios de Silín fueron en ascenso al ritmo de que Fathia estaba apunto de crear la forma perfecta que encajase en la herida de Betancourt, si es que se podía llamar herida....

Volvió a dar una vuelta por la zona, para asegurarse que antes de su partida no se dejaba ni un palmo de la zona sin vigilar. Silín paso por el lado de una pequeña montaña de despojos metálicos, de dos palmos de altura. Todos los restos vibraban , seguramente estaban siendo atraídos por una ciberplanta imán o cimano, como decían ellos. Entre todas las piezas pequeñas que , nerviosamente, se movían, solo una argolla metálica verde, llamó a su ojo.

Recordó a Dianki, un chico muy asilvestrado y risueño que vivía al lado de su primera casa y que llevaba una argolla del mismo estilo en el cuello.

Luchaban contra todo tipo de criaturas que veían en los cómic e imaginaban luego en la explanada de detrás de su casa. Lo hacían con tanto frenesí que sus muñecas y tobillos les dolía como si les hubieran azotado con mas de una palanca. Mas de una vez, conseguían ganar, pero otras muchas quedaban derrotados por el ambiente de en sueño donde los dos eran los héroes de un mundo, tristemente, menos oscuro que en el que de verdad vivían.

Todo esto fue divertido, hasta que un día Reanin les pillo jugando en la estación mas calurosa del año, sin camisa ni pantalones, tan solo con

zapatos, calzones y dos láminas de acero que eran sus espadas imaginarias.

¿Que esperaba Silín de su madre, si no fuera una discusión instantánea? No hubo mas espera y Reanin la agarró del brazo e inició su reprimenda física, azotándola en el trasero y la espalda por cada paso que daba hasta los interiores del hogar.

—¡Desnuda con un chico en mi propia casa!— rugió Reanin con el semblante enrojecido.

Sílex, por el contrario, aguantaba la risa de la escena. No se reía por los golpes dados a la hija de su nueva esposa, tampoco por ver la furia de una madre contra las travesuras infantiles, era mas que eso. Se reía por el facto de la inocencia que Silín mostraba al no achacar el tema del

“sexo” en sus juegos a media ropa. ¡Que inocente parecía Silín en aquellos tiempos!

—Reanin, la chiquilla no pretendía lo que tu estabas pensan...— murmuró

—Sílex, no te metas.

—Yo les vi de lejos hace rato, y no vi ese “peligro” que tu crees haber visto.

—¿Qué yo creo haber visto?— soltó blasfemando.

—No te enfades tampoco. Solo digo que es natural que jueguen y que este calor molesta a cualquiera que lleve mas de una camisa le incordiaría.— La pregunta de su esposa le detuvo tras aclarar lo que pensaba. El padrastro de Silín, o su padre para ella, ya que nunca tuvieron el coraje de decirle quién era y qué fue de él, es un hombre de hoguera mas que de linterna como se decía en el asentamiento; Sílex tiene un carácter pacífico y estaba dentro del concejo principesco del Clan Siltec, el suyo y el de todo el asentamiento.

Silín se mantuvo a la defensiva.

—Okey, okey, estaba sin la camisa y sin los pantalones, pero es que hace mucho calor má...

—¡Silín!— explotó su madre, furiosa. En la vida había visto tanta rabia en el tierno rostro de Reanin.

Su padre golpeó el tabique central del hogar para llamar la atención y a la paz.

—Luz mía, dejame hablar con ella, de padre a hija.

Ahí fue donde Sílex contradijo sus propias palabras. Ya que no hablaba con su hija, si no con una mocosa demasiado inocente para el contexto del mundo y la gente que lo mueve.

Reanin no dijo nada, simplemente salio por la puerta y se fue.

El hombre y la mocosa se miraron a las pupilas del otro. Ella estaba aún preguntándose qué cosa había hecho mal, mientras que Sílex movía la cabeza en señal de negatividad. Soltó una bocanada de aire y se arrodillo frente a su hija.

—Silín, ¿ por qué crees que tu madre se ha enfadado contigo?

—No lo sé... — musitó la pequeña frotándose las manos.

—¿Quieres saber que pienso yo? Pienso que esta enfadada contigo por jugar con tan poca ropa con ese otro niño—. soltó de forma tan directa como sencilla.

—Aaah...¿sí?, ¿por qué?—. dijo la pequeña Silín manteniendo los ojos fijos, curiosa.

—Créeme cuando te digo esto. Nunca veras a los mayores jugar así con los amigos o desconocidos.— afirmaba convincentemente Sílex. — así que, si el niño ese es tu amigo y quieres seguir jugando con él, al menos dejate puesto la camisa y los pantalones.

—...Vaaaale. Con los amigos y desconocidos, solo se juega con la ropa puesta.

—Y da igual el calor que haga o lo que te propongan ellos. En unos años me darás las gracias a mi y entenderás el enfado de tu mama. —finalizó su argumento restregando la palma de su mano sobre el pelo embarrado de Silín.— ¿De acuerdo?

La mocosa se volvió a mirar la manos con los ojos abiertos como platos, pensando fuertemente hasta que respondió a su padre.

—De acuerdo, papa.— sonaba convincente—. ¿Puedo salir a seguir jugando con Dianki antes de que se vaya?

—Por su puesto que sí.

Fugazmente, la niña hiperactiva cogió rumbo con rapidez hasta la puerta trasera y retomo sus batallas contra criaturas oscuras de ojos escarlata y villanos poderosos en el mundo de la imaginación. Cuando pasaron los años y Silín tenía entre catorce o trece años, su madre comenzó una mañana hablando sobre las travesuras de su hija.

Entre risas, ambas mujeres y el hombre pulían los parches metálicos de las familias de su sector.

—Casi me explotan los ojos aquel día, con la tensión que me hiciste coger.— masculló Reanin al ritmo de soltar una carcajada en conjunto. — Me acabo de acordar...pronto llegará nuevos grupos de familiares y añadidos al asentamiento.

—¿añadidos?— preguntó Silín, incapaz de recordar si había oído esa palabra con el nuevo grupo al que pertenecía, el Séquito de Libre

Exploración.

—Son los apiadados, los que nuestros distintos líderes deciden salvar de las matanzas en los combates entre jefaturas o comunidades libres. No pertenecen a ningún tipo de clan por línea de parentesco de sangre, pero son parte de alguno cuando les pagan tasas. — dijo Sílex, pareciendo tan informado como siempre.

—Aaaah.. — bufó Silín.

—Con ellos, va a venir otra chica, mas o menos de tu misma edad Silín. Supuestamente, viene por que quiere educarse con los mejores exploradores y recolectores, como tú tambien. Aunque sospecho que hay algo mas, puede ser que no haya mas jóvenes en su comunidad, o estén muertos por causas de la guerra. Escuche incluso que no tiene goul...—se calló un instante con la intención de mirar a Silín directamente a los ojos—. Creo que no le vendría nada mal que una chica tan fuerte, guapa y exploradora como tu le guíe en los alrededores del asentamiento.

—¡Guau!— sorprendió diciendo Silín, en un tono de emoción sincera que salió de su carismática alegría.

Al fin una persona que pudiera comprender a Silín. Una joven de verdad que entendiera como era estar con aquel prejuicio sobre la espalda.

Incluido era que su madre no estaba en desacuerdo con aquel tipo de encuentro, mas cercano e interesado, con la nueva chica.

—¿Y cómo se llama?

—Fathia. Se llama Fathia.— le dijo su padre por el otro lado.

Una piedra del tamaño de una tuerca chocó contra el pantalón de Silín, devolviéndola al presente. Alguien estaba al lado de La Placa de Betancourt lanzándole pequeñas piedras... como era normal en Fathia.

—Amiga miá, estoy mucho mejor.— le sorprendió la voz de Betancourt en su ambiente—. Fathia te trajo como ayuda y que espantases aquellos

malos muchachos fue lo mejor.

—No te preocupes Betan. Tu tiempo para irte será mas largo que el mio.—  
confirmó Silín.

De esta manera su aventura no había existido. Al igual que su vida. En tanto ayudaba a Fathia a soldar la parte perfectamente en el hueco de la Placa, ella decidió que iba a hacer. Rehusó a seguir de esa manera para vivir definitivamente, necesitaba una propia identidad; el Virtuoso Tácito la estaría esperando para que descubriera de una vez su habilidad.

Los ojos de Silín y Fathia se encontraron, resplandecientes por sí mismos en aquella oscuridad que se aproximaba. Ambas se sonrieron, para Silín, la mirada blanca y con pecas de Fathia era lo mas adorable de la región conocida.

El devenir de su futuro y el futuro junto a sus seres queridos dependerán de las decisiones de Silín, para convertirse en una persona de verdad.

## Capítulo 5

### **Sil-Alok, Fe y los intrusos**

En este tiempo, los olores de las tiendas de curtido exteriores llegaban hasta el centro del asentamiento sur del Clan Siltec. La peste de las sangrientas y golpeadas aguas, dónde les extraen la grasa, haría de cualquier comida vómito en el barro; el putrefacto proceso de remojo con los orines de sus rebaños intensificaba la acidez del aroma; y para colmo del resto, la falta de sal en sus comidas era el impuesto indirecto que el Ascendido del Crédito, Sílnico, acotó a rajatabla, con el objetivo de completar el círculo de elaboración. En el mismo instante en que otro Ascendido y familiar directo suyo, Silnatós, el Ascendido Externo, responsable de la fabricación y venta de aquellas prendas de cuero como tributos y “pagos por la paz” que, aún siendo necesario, el tufo se hacía insoportable durante los días más cálidos.

— Todavía no ha llegado el día, en que el trabajo de nuestros curtidores me haya desagradado, “Sil Alok” — dijo Fe: la máxima figura religiosa del Clan Siltec. Tenía en la mano un paño húmedo con el que frotaba delicadamente la frente y pómulos de la Cabeza del Clan, quién descansaba en sus propios aposentos.

Muchos años antes sería el perfume del progreso y la bonanza, cuándo el Clan Siltec seguía como una comunidad nómada de menos de cinco mil individuos, entre los cuáles solo tenían varios galvanos, perros guardianes y un Prudente para defenderse de las amenazas externas e imponer orden entre las tensiones de las distintas familias. Pero la situación actual había cambiado, no para bien o para mal, a un contexto diferente; cada estilo de vida tiene fundido sus propios estilos de adversidades.

Fe no había visto aquellos días, pero durante su participación directa como la portavoz de la Cabeza del Clan había contemplado cómo su comunidad se multiplicaba con el paso de los años y los periodos estacionales. Ahora, el Clan Siltec contaba con más de cuarenta mil individuos, tres abiertas y activas rutas comerciales con su Jefatura correspondiente y otros cuatro Clanes; tres Séquitos para formar a su pueblo en áreas especializadas para la guerra y el espíritu, un grupo de doscientos mercenarios profesionales y las mismas ocho familias que habían estado desde el origen del mismo Clan. La excelencia a la cabeza de sus iguales.

Estaban en una situación tensa y complicada, ambas lo captaban sin esforzarse, pero no les desagradaba la presencia o apariencia de la otra. Desde que Fe entró en la cúpula de la Líder, cuando la sacerdote fratresiana, el título que recibían los fieles y portavoces de la creencia

popular, hace quince años, existió un acercamiento; luego, las acotadas palabras entre reunión y reunión darían lugar a las cómodas charlas mañaneras en el comedero de las élites, siempre en un tono por debajo de lo que la Líder esperaba; un tono respetuoso, que conseguía, o al menos intentaba no ser sentimental.

Pero el contexto evoluciona. Y para sobrevivir a Nextec hay que estar siempre dos pasos por delante.

— Fe... recuerdame, de nuevo ¿porqué estamos enviando a nuestra milicia, nuestros hermanos e hijos, al frente Norte? — preguntó Sil-Alok. Mostraba plena confianza en la mujer que la humedecía el rostro.

— Sil Alok — lo decía con aquel acento tan diferente, uno que solo los más fervorosos en el dogma conseguían —, me temo que nuestro espíritu se ve oscurecido por las malas fuerzas de los hombres... y por algo más.

No recordaba ningún tiempo más pacífico que aquél, ni si quiera en su etapa de adepta inferior con los Primeros y Segundos Soles , la orden religiosa más fuerte, reconocida, popular, numerosa y, por encima de todo, legítima en los siete costados de Nextec. Siendo apartada de su familia, a renunciar a su propio nombre, Ventinnia, por uno igual al del resto de sus compañeros, Fe. En el futuro tendrían aseguradas las posiciones y el reconocimiento de administrativos directos de los jefes, líderes o aristócratas que encuentran su presencia forzada cómo los procuradores de las almas de la comunidad creyente. Aparte de eso, para conseguir más, Fe debía de formar a los adeptos de su Séquito Espiritual, ya que sus vidas bajo algunos mandos suelen ser bastantes cortas. Se fuerza a los Clanes, por medio de la tradición cultural y vinculante que hay entre la religión más practicada y la mayoría de Clanes, Jefaturas y Ciudades , en aportar los segundos descendientes de la baja y alta aristocracia o nobleza, a las Ordenes que procedan.

Fratres Creationis, el nombre exacto de la religión a la que la mayoría de los creyentes en Nextec sienten correspondencia, a la que seis Órdenes gestionaban su correcta creencia, respeto y renombre; siempre según el criterio de cada Validatto,el responsable visible, la persona al cargo de cada Orden por separado.

— ¿El Rastro... ? — no completó la cuestión; una revancha del jugo gástrico se le atragantó en la garganta. La Cabeza del Clan estaba enferma y su entrecortada voz denotaba el fuerte impacto de la bacteria, procurándole un sufrimiento agónico y punzante en el estómago e

intestino grueso.

— Sí. Nuestro pasado perdido parece volver para seguir su recolecta centenaria, cosechar las esencias de valerosos, temerarios, inocentes y culpables.

— ¿Están seguros tú y tú bolsa -...— otro arranque del vómito le sacudió el torso, moderadamente reguló a tiempo para echarlo todo en un cubo de aluminio aboyado —... de predicadores catastrofistas?

— La catástrofe es real Sil Alok. Nuestra Orden siempre se ha interpuesto en el camino del Rastro Marchito, siempre con el apoyo de cada Clan; sin cuestiones, sin insultos, salvamos y ralentizamos su paso de la muerte. Y que no le afecte a tu gente ahora, no significa que no lo hará en un futuro cercano... Cuándo haya consumido a los anteriores asentamientos a su paso.

Fe no parecía impresionarse por los fulminantes movimientos lacerantes de la Líder. La brusquedad se había apoderado de su cuerpo, pero ahí estaba Fe... con la vestimenta adecuada para partir en breves instantes, cuándo el mercenario que tenía contratado la hiciese llamar.

Esa doliente mirada ladeada en dirección a la única fuente de calor de la sala, podía resumir todos sus pensamientos: "Solo existe el dolor y un intento vano de olvidarlo".

Culturalmente, al ser la Cabeza del Clan, estaba sujeta a rescindir de cualquier tratamiento paliativo o derivados de la ciencia, hecho que, al superar la enfermedad, si lo consiguiese, reforzaría lícitamente su posición. Pero aquella afección era rabiosa, volátil y hambrienta como el Perro Guardián de un ciego ensordecido.

— Fe, ahórrate eso, por favor. Siempre hago lo mejor, por eso soy tú Sil-Alok. Por eso pude entregarte a cinco mil de mis guerreros en la primera de tus pedidas de guerra religiosa. Por la misma razón que puedo hacer que vuelvan y mejoren las defensas.

— Lo sé. Sil Alok , hasta en los momentos de mayores penurias, has sabido apartar tus necesidades físicas y espirituales para que los Siltec prosperen. Tú gente prospera. Pero ahora necesitamos de los corazones más regios para qué combatan el veneno que nos azota a todos — Fe mira al cubo de los vómitos, luego vuelve a enfocar a la Líder, ella ya estaba mirándola —. Tú también necesitas combatir, aunque tu lucha sea interna.

— No necesito combatir — la Líder tragó el pesado buche que le subía por la traquea con destreza, había coraje escrito por todas sus facciones y el pelo, aún revuelto y graso, parecía acentuar la ferocidad del peligroso semblante —, gané en el instante en que este mal asedio mi cuerpo... tenía la derrota asegurada.

— “Como la cueva del Chuktra” — citó Fe.

— “Como la cueva del Chuktra” — repitió complaciente.

Los aposentos de la Cabeza del Clan rescindían de la mayoría de los posibles lujos materiales para su posición, la más alta. En las paredes de chapa cromada y cibervegetación “tratada”, las cabezas disecadas de los enemigos del Clan y personales de la Líder vigente colgaban suspendidas en el aire, clavadas en marcos con el contorno de la región “conocida” de Nextec.

Se escucharon tres golpes seguidos al otro lado de la puerta.

La importancia de una presencia digna frente a sus leales, aún en estado de necesitar reposo intenso, era un eje vertebral para ser Cabeza del Clan. Por lo que la Líder posó su espalda contra el camastro, sintiendo el ardor agudo rompiendo las conexiones entre las células de su organismo y apretaba tanto la mandíbula que podría haberse roto los dientes. Abriendo con esfuerzo los ojos, en un acto de aclarar la mente y despejar por unos segundos el dolor de su pensamiento, vio cómo la puerta se abría tras su aprobación.

La seguridad pasaba a la sala para informar de una audiencia programada con la Voz de la Líder y los Ascendidos.

— ¡Id preparando la Audiencia! — imperó la Líder.

— Sil-Alok — continuó el fidedigno de la izquierda, sosteniendo un tono de sumisión —, también hay un mensaje de uno de nuestros mercenarios, Grólar, de la primera tirada en reserva.

De nuevo, Fe y la debilitada Líder cruzaron miradas. Acentuaron los gestos y el silencio momentáneo pasó, aunque quedó constancia, para todos los allí presentes, de que la máxima figura de la Fraternidad Creationis

tenía obligaciones ulteriores a las vinculantes con el Clan.

— ¿Grólar? Un segundo hijo está en la primera tirada, curioso. ¿Qué dice ese mensaje? — preguntó la Líder.

El tipo sacó un trozo de tela blanca del bolsillo. En la superficie y a contraluz, ambas mujeres llegaban a leer las palabras escritas al revés con carboncillo negro.

— Es un un relato, Sil-Alok.

— No te he pedido que digas lo qué es. Qué pone.

La orden de la Líder le agitó la espina dorsal, de pies a cabeza su cuerpo envió un único mensaje a su cerebro: "Obedece"... y eso hizo.

— "Mantengámonos Unidos. Mantengámonos siempre. Prevámonos de los males naturales y guíemos los de nuestra gente. La flor no ha florecido, pero la luna sigo en velo. El primer sol llegó pronto, antes de lo previsto, pero la luna seguirá en vilo. Hoy no, mañana tampoco, pero el nido de los llantos de Kavielis Nosvielis parece tener huellas hasta el jardín de los cuentos." — cuándo terminó de recitar el mensaje escrito, cuyo parecido a los libros sobre la virtud espiritual de los fratresianos era innegable, todo el mundo continuó en silencio.

Fe entendió el mensaje oculto del mercenario. No estaba tan mal entrenado cómo para compartir el auténtico a otra persona. Pero la Cabeza del Clan era astuta por naturaleza. Ella forzó la voz y todos los presentes callaron:

— ¡ Preparad mis ropas! Yo misma iré a la audiencia.

Era lo último que Fe esperaba oír de las poderosas palabras de su Líder.

— Sil Alok, — expresó — pienso que el descanso os llama. Yo estoy dispue-.

— Si te quisiera en la Audiencia — renegó la Líder impetuosa, aguanto

otra arcada —, te lo ordenaría .

— Cómo mandéis Sil Alok — otra vez, con ese acento tan particular, Fe se renegó y acató la orden.

Entonces, la Cabeza del Clan se levantó de la cama de un único movimiento. Delante de todos, se quitó la cómoda ropa que permanecía impregnada con restos regurgitados de su enfermedad. Cómo su madre la trajo al mundo, fue caminando , sin preocuparse de sí la miraban o no, hasta el perchero dónde reposaban las telas que irían por debajo de su vestimenta oficial.

Su pelo largo y rojo cómo el fuego escondía las puntas de sus senos perceptiblemente moderados, bajando se veía un vientre atlético de cuatro líneas y siete agujeros de impactos cicatrizados. Por sus muslos era el lugar dónde los guardias parecían interesarse más. El mismo tatuaje, en ambos lados, con el símbolo de su familia, la "Daga del Ébano".

Desnuda, era visible que todos los allí presentes se mostraron de alguna forma interesados en sus carnes, nadie apartaba la mirada, ni si quiera Fe. Apartando lo erótico de la realidad, el cuerpo de la líder estaba repleto de cicatrices; heridas curadas de sus cuarenta años de conflictos, respeto a las tradiciones, saqueos, guerras, recompensas y traiciones, que la legitimaban cómo la Líder y Cabeza del Clan predilecta. Ella, pese haberse paseado desnuda y mostrar la mayor de sus intimidades a los subalternos que le juraron fidelidad, continuó:

— Prefiero tenerte con el fuerte brazo de nuestros mercenarios y dando vueltas por "el nido de los llantos de Kavielis Nosvielis", que hablando por mí. Mientras estés por ahí podrás observar el avance del veneno y traerás una solución eficaz.

Silín apretó el ritmo, se acercó lo antes posible a su casa para que nadie supiese que se había marchado, y vuelto, en horas inaceptables. Tenía más información de lo que esperaba conseguir para el Séquito de Libre Exploración. A punto de atravesar el marco metálico de la puerta, se paró y exhaló como sí una preocupación se marchitase. El alborozo de risas, dentro de su hogar, era audible, pero algo no le encajaba. Ella intentó

pegar la oreja para hacerse una idea de la conversación, cuándo en aquella postura comprometida, observó a Sílex y Reanin andando en su dirección. Entonces, ¿quién estaba dentro?

Primero agarró instintivamente el mango de su hacha, eso seguro que sería más perjudicial para aquellos intrusos. Pero luego recapacitó. Y en vez de enfundarse en la temeridad y entrar a cortar pescuezos, optó por bordear la casa, saltar la valla metálica del patio trasero, sigilosamente, y noquearles con el pulsador de repetición.

También enseñan tácticas de combate y guerrilla en el Séquito de Exploración, para su suerte.

Eso hizo.

Vació y silencioso, el patio parecía intacto, pero la entrada trasera estaba abierta. Entonces, la sombra de uno de ellos se asomó por ahí. Silín intensificó el apretón en su pulsador, tenía cargando el impulso para dejar fuera de escena al primer desafortunado. Por el resto, su casa estaba a oscuras, pero ella captó una leve luz aflorando por el pasillo del fondo, lo que hacía la cuenta a dos o más intrusos.

De forma temible, la joven pasó a la acción.

Aprovechando que la primera figura se había dado la vuelta, Silín corrió a gachas hasta tener dos pasos de distancia. No había hecho mero ruido, ni si quiera se escuchaba su respiración acelerada. Saltó a la espalda con una brazo por delante para agarrar el cuello de su objetivo y el pulsador listo para descargárselo en plena sien. La adrenalina volvía a recorrer su sistema nervioso y circulatorio, tenía los ojos abiertos como un felino salvaje; acechaba igual que la fauna no-ciberatómica, elegante y ,naturalmente, con aquella aura asesina.

Su brazo pasó por un lado, flexionó el codo con la medida que daba la constante práctica y ya lo tenía fechado. Silín notó el cuello de su presa frío y áspero, igual que si hubiera agarrado un traje completo del cuero de ébano; uno de los suministros que el Clan Siltec no comerciaba ni compartía con nadie. Un resguardo oculto, el último avance de los artesanos e ingenieros del clan.

Estaba lista para descargar el disparo aturdidor, pero aquella sombra se había percatado de su presencia. Desde el primer segundo sabía que alguien había irrumpido atrás, por dónde ellos habían entrado.

Obviamente, decidió ir a la parte trasera por qué su oído era de los afinados, de los que escuchan y viven por los susurros de las calles. Bajó

la cadera flexionando las rodillas, puso ambas manos en el tríceps y antebrazo que lo asfixiaban e impulsó a Silín al otro lado del salón con una fuerza eminente.

— ¡Aaaah! — gritó Silín, segundos antes de estamparse contra la puerta. Un golpe duro, de los pocos que olvidaría en su vida.

Sintió durante la proyección un sentimiento de corrosiva vulnerabilidad. Indefensa frente al inminente impacto, el futuro desplome y el posible remate de aquella presa precavida. ¿Habría sobrevalorado la eficiencia de su propia técnica? No era la mejor entre los demás chicos y chicas del Séquito, pero entraría dentro del ranking.

El dolor del rostro será un raspón superficial cuándo lo comparase con la inminente humillación por parte de las malas-lenguas de su pueblo; no pudo defender la integridad de su propia choza. Igualmente, chocó contra la entrada y salió expulsada de la casa, con la puerta como único colchón, o zona de impacto, para el instante en que frenase delante de sus padres.

— ¡¡Sí!! — Reanin tomó a su hija entre los brazos, sentía que su corazón iba a explotar. Sin mediar palabra, Sílex sacó de su funda el machete del muslo y entró en la oscura casa con la intención de cortar primero y preguntar después.

Antes de qué no pudiera formular una frase correctamente, Silín, dijo con la vista enfocada en su madre y cómo pudo, con aspavientos débiles:

— Cu-... cueeero... é-... éba-... no.

Ambos padres dejaron las bolsas de tela para el trabajo hogareño a un lado. Varias piezas cayeron al suelo, ensuciándose, por lo que luego deberían volver a limpiarlas... más horas de trabajo.

Silín continuaba arremolinándose acusada por la terrible hinchazón que fue apropiándose de su cabeza. Pero sus protectores de siempre la socorrieron, luego, los vecinos dieron la voz de alarma.

Seguía sin verse nada, pero entonces, de un momento a otro, Reanin escuchó un murmullo errático, seguido de golpes y varios quejidos. El

silbido alertaba de que Sílex mantenía la lucha contra los intrusos.

— Tranquila pequeña cachorrita... tranquila — las lágrimas caían sobre el suelo, mientras, los primeros vecinos empezaban a llegar y el sanador de la calle tomó el cuidado de Silín.

— ¿Qué ocurre? — preguntó uno de los vecinos, un apiadado, quién enmangaba un mazo.

— Él... el... ¡Él está dentro! — bramaba la madre, mostrando los primeros signos de un futuro recuerdo traumático más en su vida. Había perdido a su primer Compañero Único, pero encontró a Sílex... perder a su hija sería irremediablemente irremplazable.

De repente, justo antes de que otras tres personas, con las armas de sus familias en las manos, entrasen en la casa a por Sílex, se escuchó un solitario grito doloroso que desgarró el aire, e inesperadamente, un rayo de luz púrpura colapso la vista de todos.

Salvo por Silín. Ella ya estaba en la región de los sueños.

Uno, dos, tres, hasta siete personas entraron en la casa y ocuparon la parte trasera. Nadie. Solo estaba el cuerpo de Sílex tirado en un lado de la sala principal, en la cabeza una brecha y en el suelo, al lado de su pie, el machete y una mano que sobraba. Al parecer, había conseguido herir de gravedad a uno de esa oxidada escoria de tundra hasta la altura del codo. Un buen tajo.

Fue entonces en qué todo el pueblo se enteró: en el Asentamiento Sur, propiedad del Clan Siltec, habían espías y/o asesinos. Dieron la alarma específica para conflictos internos y que requerían del aislamiento total del asentamiento, una de las siete hogueras repartidas en el asentamiento llamarían la atención de los guardias y con ello, todas las salidas serían cerradas hasta la resolución del problema.

El camino hasta la entrada fue tranquilo. Fe se veía custodiada por un guarda todo el tramo hasta la única entrada y salida oficial del Asentamiento, hecho que atrajo ciertas miradas de algunos familiares de los guerreros. La examinaban, buscando detalles en su ropa o en su cara que delatasen su posición. Aquella gente del Clan era la más unida, la más tradicional y la más numerosa; por lo pronto casi la mitad de la población eran guerreros y sus familiares, después les seguían la mitad restante, casi, por completo, los individuos cuyas habilidades eran más útiles en el desarrollo que en la defensa, y tan solo treinta y dos, de todos los cuarenta mil, coronaban a la aristocracia del Clan. Por esa misma razón, ellos residían en el meridiano del lugar, los artesanos y granjeros a su alrededor y la milicia, junto a sus familias, apiñadas en la boca del exclusivo portón o detrás de los muros.

A lo mejor, y podría ser lo más probable, es que aquella gente muriesen de los primeros en un enfrentamiento directo e inadvertido del Rostro Marchito.

La representante religiosa podía ver a su procurador y escudero con el trasero posado sobre un Perro Guardián Magnus, la montura de los pobres. Grólar llamaba al misterio, siempre con aquella armadura parcial de cuero y colores desteñidos, esos guantes que solo mostraban sus dedos oscuros cómo la noche y la máscara "Cuni-tra" de jefe mercenario que envolvía exclusivamente el rostro y el cuello por completo, marginando su pelo corto y castaño.

Ordenó retirarse al escolta. A partir de aquél punto, solo se comunicaría con Grólar y lo justo con sus compañeros mercenarios.

— Grólar, veo que estás listo.

— Yo veo que no has dado tu comunicado en la Audiencia. ¿Pasó algo? — la voz de Grólar sonaba con bastante distorsión. Un plus para que no lo reconocieran.

— Nada que no se pueda manejar a la vuelta — Fe hizo un gesto con la mano y la chica de la cuadra cercana le trajo su caballo —. Deberías de pillarte uno de estos. Es más noble ir con la tranquilidad de un equino que con la rabia de los caninos.

— Algún día podrías cerrar ese capítulo de libro fratresiano y contarme dónde guardabais los "Dónumes" de la Cuarta Ocupación.

El interés por los valiosos y sagrados regalos era compartido por todos los caza-recompensas, historiadores, coleccionistas, líderes y mercenarios. ¿Porqué? Simple, causaron las primeras revoluciones religiosas y culturales en Nextec; por lo que las dichas reliquias, si seguían existiendo, tendrían un valor incalculable. Kilómetros y kilómetros de tierras arables, murallas de acero y un ejército personal de quinientos soldados, la mitad de galvanos, o un Virtuoso cómo asesor, era el precio de un solo Dónum.

— Si llega el día en que abracemos nuestros dogmas sin juicio, te contaré dónde no están. Pero si vas a buscarlas, al menos que no sea con un Magnus. Suelen comerse el equipaje.

— Espero que lo digas en serio, Fe. — alegró diciendo Grólar.

El Magnus aparentaba estar saciado, de ello su pasividad. Aquellas criaturas con la cara de un Lazzerote, una versión ciberatómica y más grande del coyote de tundra, podrían comer un festín folclórico entero de una sentada y aguantar el apetito por siete días enteros, pero sus movimientos en desiertos, tundras y llanos los hacían la opción más barata que había en el mercado. Y entre el Asentamiento Norte y su objetivo, dos pueblos en la frontera Kano, habría bastante planicie. Al menos, aunque los Magnus duraban un tercio de la vida de un equino, se pagan por cinco veces menos. Una ganga del pobre.

— Iremos por el Este. Ladeamos la falda de Montaña Madre, bordeando parte del tramo por tundra y metiéndonos a través de la arboleda inicial de la montaña. Seguiremos las marcas de mi Unidad y en un punto entre árboles los encontraremos.

¿Para qué seguir perdiendo el tiempo entonces?

La rudeza de los cascos y la fiereza de las patas arrancaron pedazos de barro y piedra al iniciar el largo trayecto nocturno. Media noche completa de travesía, con las bolsas de aire caliente surcando las superficies inertes, elevando las temperaturas que, tras el paso de las semanas, sería

un problema olvidado pero con su repercusión en las cosechas.

No era seguro salir y quedarse en la oscuridad de las afueras, pero con mercenarios y el goul adecuado, trasladarse de sitio en sitio, de pueblo en pueblo, sería tarea sencilla. Lo complicado vendría en la frontera. Fe disponía de acceso, pero la Unidad de Grólar era harina de otro costal.

Durante su marcha, ocurrió un grave suceso en el Asentamiento. Un suceso que tendría al mercenario cómo una parte vinculante y organizadora en la trama. Para su suerte, ya estaba fuera de las garras autoritarias del Clan Siltec.

Se habían encendido las hogueras de alarma, pero Fe no se percató, al contrario de Grólar. Bajo el cuni-tra, la máscara negra y de representación monstruosa con la boca bifurcada de un Chuktra y la parte superior de una Espiza de dos ojos por lateral, los labios secos y las cejas pobladas de Grólar se fruncían con desagrado. Presentía que algo había salido mal.

Iorgos despertó. Recobraba el tacto de sus extremidades a cada segundo, estaban entumecidas y devolver el movimiento a los músculos conllevaba una percepción electrizante, extraña, y que todavía nadie le había puesto nombre. Se restregó los ojos y al abrirlos de nuevo, vio un techo de piedra natural y argamasa oscura. Reclinó las rodillas, apoyó un brazo con seguridad para comprobar que estaba amaneciendo a través de las cuatro verjas que habían en un hueco de la pared.

El apabullante calor había desaparecido, la ropa de Guardia seguía en su lugar, al igual que el corte en la mano y el mareo desapareció por fortuna. Por contrapartida, su situación no era la más gustosa para los novicios; reconoció las verjas, el material del techo y la puerta sin agujeros, el ambiente claustrofóbico de los calabozos bajo una de las tres Estatuas. Al menos su salud parecía haber vuelto a la normalidad, por lo que a "Magnus regalado, no le mires el diente".

La puerta se abrió de pronto. Iorgos, sorprendido, dio un salto y giró sobre sus talones, poniendo la espalda contra la pared a medida que intentaba ver quién estaba al otro lado. Una mujer, vestida cómo una Guardia igual que él, con el número tres en el estampado blanco de hombro y botas, reveló al muchacho su exacta posición: de bajo de la Estatua de Acaynos, el Protector de la Familia y los Muros.

— ¡¿Estás despierto?! — gritó la mujer. Iorgos conocía las reglas no escritas en los calabozos: no hablar si no te preguntan; no armar motines o complots ; y, sobre todo ello, silencio. Algunos Guardias de calabozo son bastantes sensibles al ruido, metafóricamente. Escuchar conversaciones ajenas, si eran de tus propios superiores, podía traer algún beneficio.

— Sí.

— ¡Quédate ahí saco de mierda! — y cerró de un brusco portazo.

Hasta el viento enrabiado de calor rehuía adentrarse por entre los barrotes.

El muchacho solo tuvo tiempo para pensar y echarle la culpa de su encarcelamiento a la Vigilancia. ¿Desde cuándo usaban veneno para defender un portón?

La respuesta abrió la puerta sin dejarle seguir con el hilo de sus pensamientos.

Entró un hombre de ojos grises, manos enguantadas y pelo cenizo que sobrepasaba sus anchos hombros; embutido en las elegantes, y muy costosas, ropas que se compraban, exclusivamente, en el Distrito Norte. Allí era el único emplazamiento dónde la mercancía de las Ciudades, fabricadas en sus factorías y por la mano de los mejores artesanos de la región, llegaban a las pocas tiendas de gustos refinados y se vendían para toda la Aristocracia, tanto la baja cómo la alta.

— Hola, joven... ¿Iorgos? ¿es así, no? — preguntó aquel noble de voz recatada y una sonrisa insipiente que desmentía el lujo de su gabardina negra, con toque de bordeado dorado e interior rojo vino.

— Sí señor. Novicio de la Guardia, designado al grupo de entrenamiento de Kistamos, el Segundo Guardián — se presentó, repitiendo la exhibición de manual matutina de su grupo en el entrenamiento.

— Una presentación algo escueta de lo que esperaba. ¿Sabes porqué estas aquí? Encerrado cómo el resto de peligrosos perturbadores para nuestra Jefatura... sé que no es agradable por mi propia piel, créeme.

— Según el Protocolo de Actuación y Respuesta en tiempos de paz, me habrán puesto aquí por intentar entrar con un honor que todavía no me pertenece. O por los golpes en el portón.

— Vaya... — soltó con un atisbo de leve admiración — todavía quedan muchachos que lean, y sepan, el Protocolo. En fin. No estás aquí por faltar

al Protocolo, no te preocupes por eso. Estás aquí porque necesito hablar contigo.

## Capítulo 6

### **Promesas pasadas**

Fuera, cerca de la casa del reparador, unos hombres corrían dando órdenes a la gente. Los fuertes y directos imperativos tremolaban por todo el Asentamiento Norte. Silín parpadeó, sintiendo cierta atrofia en los párpados, y se contuvo un golpe de tos, aunque la sala de reposo era la inquina de la mugre. El grito de una mujer sacó el terror en los ojos de ella, apartando el interés de su ubicación por un miedo que no comprendía todavía el origen. Le dolía la cabeza a destajo, cómo si estuvieran picando grafita de coral en el oído.

Otro vocerío, esta vez de un hombre que gritaba más ordenes; “¡Salgan de la casa!, ¡Ahora mismo!” hizo que Silín tirase el jarrón de barro que tenía a su derecha, asustada. ¿Qué estaría ocurriendo fuera? ¿Estarán atacando? ¿A lo mejor, Tymari, Turtle y el resto están haciendo de las suyas? El charco de vino fue bordeando los pedazos rotos del jarrón con velocidad, mojando su almohada y la colcha dónde estuvo descansando en las manos del reparador de guardia, Quinto.

Igual que si lo hubiera predicho, Quinto y Reanin entraban en mitad de una conversación airada.

— ¡No entiendo qué les cuesta pedir que colaboren con la búsqueda! ¡Nadie quiere convivir con intrusos!

— Si alguien está escondiendo a los malvados que hicieron eso a mi hija, es igual, o más, peligroso que ellos. Golpearon a Sílex, plantaron una bomba en mi casa y machacaron la cara de Silín... tendrán demasiada piedad si no los encontramos yo o el resto de madres.

— Espera... has dicho “bomba” — la pregunta parecía estúpida, pero Quinto no era de los que oían bien, igual que Betan —, de las que explotan y matan y esas cosas.

— ¡Sí! Y si alguien no quiere que alguna más explote, deberían de entregarnos a esos hijos sin familia. Es la segunda inspección general y todavía no los han encontrado. ¡Alguien les tiene que estar ayudando!

— Me gustaría ver que les harían nuestras madres a esos tipos — dijo Silín después de ponerse el pantalón y la camisa que llevaba puesta antes —.

Seguro que algo de brea y agua caliente les cae encima de sus "cabezas".

La madre tuvo una emoción tan fuerte al ver a su hija de pie, soltando sus bobadas de nuevo, qué se sonrojó y solo le venían ganas de llorar, reír, arrodillarse, correr y tenerla entre los brazos, todo a la vez.

— ¡Ay, Silín, mi cachorrita! ¡Me alegra oír otra vez tus estupideces, cariño!  
— dijo Reanin, apretando fuertemente al mayor de sus tesoros.

Quinto se quedó lejos del momento íntimo, en segundo plano. Silín se dejó llevar por la ternura de su madre, comprendía el susto que se habrá llevado cuándo había perdido la consciencia.

— Mama, yo también me alegro de estar bien. Pero esto es importante — Silín la miró directamente en los ojos —, ¿dónde está papa? Tengo que decirle que ,al menos uno de los intrusos, llevaba puesto Cuero de Ébano.

— Está en la Audiencia ahora mismo. Pero no puedes entrar. Ya sabes que todavía no puedes acercarte a la Sil-Alok.

— Pos dejaré el mensaje. Tengo que irme. Quinto, ya me siento fenomenal, gracias. ¿Puedes darme un rollo de alguna de tus infusiones de hierbas para el dolor?

— Eres la quinta joven que me pregunta. Y no sé porqué son tan buenas, yo me hago algún té con ellas pero creo que ya no me hacen nada. Ve yendo a dar el mensaje, se las daré a tu madre, lo tuyo parece más urgente.

Y eso hizo. Salió de allí y corrió cómo una posesa hasta el centro del Asentamiento, a veinte minutos desde dónde estaba, esquivando a las masas de gente fuera de sus propias casas, viendo a la Unidad de Seguridad inspeccionandolas, por segunda vez.

Debajo del plano vientre tenía ceñido un cinturón de herborista: con sus bolsillos para los ungüentos, dos líneas de viales y hasta tres paquetes cuadrados firmes para el material rígido o sensible que necesitase portar.

El tipo de ojos grises sacó una fina hoja, con el ancho de un dedo y punta de alfiler, del vial más extraño que Iorgos había visto: la probeta tenía el tamaño de un fémur adulto, algo único por su forma y precio, aunque dentro, relleno el contenido hasta la mediana, un líquido purpureo en estado de permanente efervescencia, clamaba, en siniestro silencio, por la atención de Iorgos; no podía dejar de inspeccionar las misteriosas burbujas que subían y bajaban a destajo y a la línea circular de costra negra que reposaba en la mitad.

— Esto es Cuvinárea, una pequeña invención personal. El extracto concentrado de cuatro tipos raros de vegetación natural en extinción. La pureza y esencia de estos frutos exquisitos manipuladas para una función alejada, contraria a lo que fueron usadas en su preludio original. Algo como tú.

La conversación cambió, entre una palabra a otra, de inclinación. Sí al inicio la habían entablado con una sincera modestia elitista por parte de "Ojos Grises", cómo lo denominó, y los escuetos gestos de sentirse prisionero, Iorgos captó la bifurcación del tema y preguntó.

— ¿Me has metido tu aquí?

— Culpa mía.

— Entonces, estoy encerrado para que charlemos sin ningún público, ¿es eso? ¿tienes comprado a la Guardia Carcelaria?

— Lo de "comprado" no es el término exacto — usó la gabardina de nuevo para taparse y dar unos pasos por la celda —, yo lo llamo, "pactado". Su tranquilidad en el trabajo depende siempre del sueño, la tranquilidad y el

silencio de los presos.

— Respóndeme. ¿ Voy a estar aquí encerrado mucho tiempo?

— No. Tú cama y cagadero lo necesitan para algún pirado o pirómano de la Asamblea Popular. Di órdenes explícitas a la Vigilancia de que me avisarán al efecto de ver tu menesteroso cuerpo volviendo y retenerte hasta que llegara. Debes de entender una cosa — apuntó con la hoja, limpia e impoluta, al joven, reafirmando lo que iba a decir amenazadoramente —, si todavía respiras y no te he cortado la otra mano con esto, no veo porqué nuestra conversación tiene que ser una mala experiencia.

El contraste era irritante. Fuera, el caluroso ambiente apartó sus ascos y ocupó las celdas con rudeza. Dentro, una sombra de frialdad recubrió la mirada de Ojos Grises. Antes su voz era delicada, con soberbia y casi aburrida; ahora era cómo hablar con otra persona, una sin emociones, fría y erudita.

— ¿Tú me cortaste en la mano? — Iorgos refrenó el primer impulso de meterle la rodilla entre el bazo y las costillas — ¿Estás loco o has olido demasiadas plantas alucinógenas? ¿Qué te he hecho yo? ¿Porqué?

— Deberías de estar alegre. La Cuvinárea es uno de las preparaciones de toxinas más potentes que existen. Puede matar hasta al alquimista o taumaturgo que la confeccione, pero su verdadero propósito vas más allá que el de matar. No entierra la mente del individuo al que envenena, lo sitúa en una prueba dónde personas, muy pocas, llegan a superarla.

— ¿Ponerme a prueba?

— Sí. Tenía que hacerlo para comprobar que eres el verdadero hijo de tu padre. Han habido demasiadas equivocaciones para encontrarte. Pero la gente nunca se somete a esto por propia voluntad. Eso lo sé por experiencia también.

— Deberían de despeñarte desde el torreón del Valle. Tienes los cables pelados.

— ¿Sabes cómo conseguimos este valle? Te enseñarán un poco de Historia esos relatos que os obligan a memorizar.

— No.

— Pues claro que no. La verdad no se relata, ni se escribe, ni se jura por ello. La única verdad es la que se experimenta. Ganamos el derecho a

este valle matando, barriando de la nada los restos de diez mil bárbaros que cayeron frente a un cuarto de su número, nuestras bajas, y de eso hace casi ochenta años.

— Cuándo pensaba en el origen de la Jefatura, me venía una imagen distinta. Tú no aparecías por ejemplo.

— Sobrevivimos pocos, pero no hubiera sobrevivido ninguno sí no fueran por nuest-. — corrigió a destiempo —... mis logros.

— Eres un taumaturgo — acertó Iorgos — ¿bastó con envenenarles el agua y la comida para que lucharan con debilidad? Menuda deshonra, luchar contra los indispuestos no es algo que entre en la vida de cualquier Kano.

— Ojala me lo hubieran permitido — replicó. Se había llevado la mano a uno de los bolsillos, sacó unas píldoras naturales y las engulló con desgana —. Pero no, no envenené a los suyos.... Envenené a los nuestros. Les hice "Ahira", dos mil quinientas raciones para que nuestros soldados, nuestros hermanos y nuestros hijos, lucharan por una oportunidad crítica. Matar y vivir, o exiliarnos y morir.

— ¿Ahira? — preguntó el muchacho.

— Hoy no va a ser el día en que te cuente sobre el Ahira, joven novicio. Prefiero que contestes a mí pregunta para acabar con esto ¿Conociste ,o sabes que fue, de tu padre?

— No — Iorgos no era inteligente, pero era astuto, y sabe de sobra que una mentira siempre es mejor con miguitas de poca verdad que la encaminen — Mi madre nunca me ha dicho sobre quién fue. Pero me contó las mismas historias que le contó él durante su tiempo juntos.

— ¿Os dejó algo? No algo valioso, si no personal, íntimo... un recuerdo de que pasó, de que estuvo presente en vuestras vidas. Al menos, en la de tu madre.

Menudo dilema. Por la misma razón que Ojos Grises preguntaba por el único recuerdo de su padre, había salido de la Jefatura para que su madre le informara del hurto. ¿Debía decirle la verdad o era más sensato eludir la respuesta?

— Sí — soltó — una monedas viejas y el dibujo de una planta. Pero veo imposible dártelas. Cuándo salí de los muros y llegué a mi casa, madre

me dijo que nos acababan de robar lo que nos quedaba de valor.

— ¿Lo han robado? — el repentino interés del gélido Ojos Grises le devolvió un poco de energía a la conversación, demasiada incluso — ¡¿Quién?! ¡Responde!

La actitud firme de Ojos Grises estaba llegando a sus límites.

— No lo sé. Volví a la Jefatura para comenzar mi búsqueda de esa escoria cuándo me drogaste, e hiciste que alguien me tirara sobre este suelo roñoso.

Aquellas palabras afectaron al viejo taumaturgo, desmesuradamente. Quitó la conexión de miradas tensas con Iorgos, inició un ritmo despacio pero errático, con la cabeza metida entre los hombros y , lo que atemorizó más al muchacho, susurrando a la nada.

— De acuerdo... todo va a sali-... planeado.

El joven creyó que estaba hablando de sí mismo. Apartando las motas calientes de polvo, se podía respirar la locura de Ojos Grises: un aroma agrio de fuerte intensidad mientras más miraba los comportamientos extraños de su viejo interlocutor y que no le dejaba la menor duda de que tenía que salir de ahí, costase lo que costase.

— Creo que puedo encontrarlos.

Ojos Grises giró el cuello con brusquedad, haciendo sonar algunas de sus vértebras en dicho gesto, no parecía verse afectado.

— Entonces sabes quiénes son.

— No, pero sé por dónde buscar, a quién preguntar y a que hora hacerlo. No podemos hablar de delitos en las horas diurnas. Pero necesitare salir de aquí.

— Y lo harás — de nuevo, Ojos Grises recobró aquella mirada elitista con la que había entrado en primera instancia —. Ahora tengo que pedirte perdón.

— Tranquilo, mientras me dejes salir de aquí, vamos hablando de cómo puedes recompensarme para no delatarte.

— No lo decía por eso — y clavó en el cuello del muchacho una fina aguja.

— ¡¿Qué hac-...?!

Nunca llegó a alejarse un paso de Ojos Grises, solo se desplomó y cayó inconsciente. Él sabía de los riesgos de obligar al cuerpo reposar varias veces seguidas, pero conocía al padre, por lo que el hijo tendría su misma inmunidad, o parecida. El mejor regalo que le había dado un padre a su hijo, la resistencia natural a la mayoría de toxinas comunes.

Movió el adormecido cuerpo de Iorgos y lo puso boca abajo. Remangó el cuello de su camisa dejando al descubierto parte de la espalda y la nuca.

Sacó de su bolsillo rígido un pequeño aro de metal dorado y, con el mayor de los cuidados, lo pasó por encima de la piel, a menos de un pulgar de tocarse mutuamente. Lo pasó por la espalda, por la columna, hasta que llegó a la altura de la última vertebra en la nuca. El aro, constituido mediante varios hilos en vez de en una única pieza, movió los hilos y se clavó en la carne. Mientras se enterraba bajo la piel, la sangre caía por diferentes y finas líneas bajando por su cuello.

Para la suerte del joven, Ojos Grises tenía el potente sedante adecuado para que el organismo del novicio no lo rechazase. Un alivio por su parte, que el aro no lo matara cómo con el resto de sus antiguas propuestas de huésped. El calor se fue disipando. Aprovechando la ausencia de su único público, Ojos Grises desquitó las tensiones de sus tórridos pensamientos en un monólogo perturbador:

— Tengo que decirlo, chico, me has sorprendido. Tú serenidad al verte aquí encerrado, respondiéndome, sin algún motivo fiable para tu encarcelamiento. Eres un buen ejemplo — se acercó al cuerpo y lo recostó en una postura más decente, luego, se apartó para mirar a través de los

barrotes cómo la Guardia Mensei entrenaba a primera hora —, un ejemplo de supervivencia y fortaleza. No te dejas llevar por la rabia, igual que tu padre, Misos. Es igual que tu...

Respiró hondamente como sí el hecho de expulsar el aire se llevase algún recuerdo funesto.

— Todavía me acuerdo de esa misión nuestra con los fratresianos y los primeros pueblos saqueados por el Rechazo de Mina. veintitrés poblados independientes, sin clan ni blasón, reducidos a escombros y barro, con mil supervivientes, cobardemente escondidos en un paso comunal, a los que cuatro sanadores y “reparadores” teníamos que hacer frente. Habían un montón de enfermedades distintas que palear, yo con los heridos de guerra y tú con los afectados por esa mierda de gripe. Días trabajando, dejándonos la piel en que se mantuvieran vivos para el nuevo mañana, y luego, sin precedentes, surgió aquel maldito brote de Ahira... Menos mal que estabas ahí, viejo amigo.

Ojos Grises miró por última vez al muchacho antes de largarse del inmundo calabozo; allí tirado, desvalido, ciego para ver quién le había puesto los hilos de titiritero. El chico era una promesa no cumplida del padre hacia Ojos Grises, pero no se lo diría. Ni en el lecho de muerte, le contaría que su padre construyó, usando su propia descendencia, una idea para la salvación de los fuertes e inteligentes de Kano primero, de Maztec después y de todo Nextec al final.